

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



H. Plaja: La personalidad de Ricardo Flores Magón. — Eugen Relgis: Introducción a un libro no escrito sobre Han Ryner. — Maria Lacerda de Moura: Ibsen. — Tribuna de libre discusión: José Peirats: El hombre como medida de todas las cosas. — Hem Day: Pacifismo científico. — Pedro Vallina: La historia triste de mis libros. — Sergio: Rincón del saber: Trogloditas — Francisco Olaya: El informe Krutchev: La vanidad de Stalin. — Vladimir Muñoz: El pensamiento vivo de Omar Khayyam. — Gérard de Lacaze-Duthiers: Manuales e intelectuales: La unión de los trabajadores hará la paz del mundo. — Sumo: Microcultura. Juan Grave: Orientación Anarquista (folletón encuadernable).



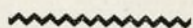
ENERO
1958

85

Revista Mensual

PRECIO: 90 FR.

NUESTRA PORTADA



RICARDO FLORES MAGÓN

«Cénit» se complace en dedicar a Flores Magón un recuerdo merecido. La figura de ese hombre, héroe de la revolución mexicana y una de las figuras señeras del anarquismo mundial, está ya injustamente olvidada. Bueno es que alguien la desentierre, ofreciéndola como ejemplo a las generaciones nuevas.

Y aún es mejor cuando quien lo reactualiza es un hombre ajeno al movimiento anarquista, como en el caso que nos ocupa. En otra parte de este mismo número, encontrarán nuestros lectores un artículo de nuestro compañero y colaborador H. Piaja, comentando el libro que a Flores Magón ha dedicado un distinguido escritor y catedrático de Historia, D. Agustín Cué Cuevas, editado por Libro Mex en la capital mexicana.

Flores Magón es una figura de leyenda, tan atractiva y romántica como la de Zapata. Pero, además, Flores Magón fué un hombre de pensamiento poderoso y cuya obra filosófica y literaria es magnífica y numerosa. Y significó, sobre todo, el aporte libertario a la revolución mexicana, a la que, con Práxedes G. Guerrero y Librado Rivera, luchó denodadamente por imprimir un contenido social y de esencia anárquica.

Que el ejemplo de su lucha y de su obra, sirva de lección y de estímulo a todos, lo mismo en México que en el resto del mundo.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 234 francos trimestre; Exterior, 270 francos.

Número suelto, 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

LA PERSONALIDAD DE RICARDO FLORES MAGÓN

«...hemos querido solamente hacer justicia plena a la más extraordinaria figura de la Revolución Mexicana.»



ESTA declaración que antecede, forma parte de un nuevo libro aparecido en México. Si. Acaba de publicarse en esta ciudad azteca, un buen libro; un gran libro, cuyo autor, el señor Agustín Cué Cuevas, catedrático de Historia de México, en la Escuela Normal Superior de la República, ha tenido la gallardía, la honradez y la generosidad de reflejar en sus páginas, la verdadera, la auténtica personalidad del creador y animador

del Partido Liberal Mexicano, que sirvió de base, de punto de partida, para enfocar claramente los verdaderos propósitos de la revolución hacia metas socialistas revolucionarias, capaces y únicas de garantizar los derechos del pueblo trabajador.

En este libro, el señor Cué estudia a fondo las facetas en las cuales se desenvolvió y precisó su posición, el Partido Liberal Mexicano, y reconoce que la verdadera tendencia de Ricardo, fué la de enfocar todos los problemas derivados de la revolución, hacia el punto de vista anarquista. En este libro se reivindica a Flores Magón de las acusaciones malévolas, intencionadas y criminales en que determinados elementos mexicanos y norteamericanos, al servicio de la contrarrevolución, pretendían involucrarlo, colgándole el sambenito de vendido a los intereses de Yanquilandia.

En este libro, tan lleno de datos, y tan rebotante de fe y de pasión por la libertad y la justicia, el señor Cué afirma la verdadera y auténtica trayectoria que, conforme a las aspiraciones de México, seguía en su labor revolucionaria el núcleo de hombres dignos de la tendencia floresmagonista, para que el pueblo se diera el conjunto de libertades y de garantías humanas a que tenía perfecto derecho.

El filibusterismo atribuido a Flores Magón en aquellos días, de gran acecho por parte de los traficantes yankis, pero siempre desechados por cuantos conocían a fondo la verdadera ideología, y propósitos de ella emanados, de nuestro

querido Ricardo, queda hecho trizas por lo irrefutable de las pruebas aportadas en las páginas de este libro.

El señor Cué, repetimos, ha prestado un gran servicio a la historia de este pueblo tan incomprendido en sus aspiraciones primerizas de 1910. Y al tratar de reivindicar la vilipendiada personalidad de Flores Magón, ha cualitativamente doblado el valor de este servicio a la historia; ha restablecido la clara verdad sobre los propósitos de uno de sus más generosos precursores sociales.

Hemos leído con verdadera fruición esta obra del señor Cué. Deseábamos, hace mucho tiempo, que no fuera una pluma de la misma ideología de Flores Magón, sino otra imparcial y bien intencionada, la que pusiera en claro, restableciendo la verdad, aunque para nosotros era definitivamente conocida, sobre la intervención de Flores Magón en la Baja California, en los días en que se debatía para México libre, su porvenir en el sentido social más avanzado según las orientaciones de nuestro malogrado y sacrificado Ricardo.

En la introducción de este libro, se hace un breve estudio del propósito que ha unido la publicación de la obra del señor Cué. En sus líneas finales aparecen estas palabras:

«Este libro está destinado a destruir la injusta y ruin acusación que se le ha hecho al señalarlo como traidor a su pueblo y agente del imperialismo extranjero. Está inspirado en el sincero y justificador propósito de realizar una rectificación histórica inaplazable, en torno a su vida, a su lucha heroica. Al presentar esta obra al pueblo mexicano, por conducto de Libro Mex, Editores, hemos querido solamente hacer justicia plena a la más extraordinaria figura de la Revolución Mexicana.»

Cuán difícil es en estos tiempos de mercantilismo exacerbado, hallar plumas dispuestas a restablecer la justicia.

Es por ello que en estos momentos de crisis espiritual, nos complace sobremanera transcribir algunos de los más substanciosos párrafos que, como justa defensa — y comentario a la vez — de la integridad ética de Flores Magón en el libro del señor Cué.

«Desde muchos años antes, los gobiernos norteamericanos perseguían a los liberales floresmagonistas. La Junta del

Partido Liberal Mexicano denunció este hecho en 1907, en una circular en que se declaraba que el entonces Presidente norteamericano, Mr. Teodoro Roosevelt, «haciendo suya la causa de los perseguidores de los liberales mexicanos», en quienes ve un peligro para el desarrollo y robustecimiento de su imperialismo sobre México, garantizado por el traidor que ejerce la primera magistratura en nuestra patria, no se ha dado descanso en su tarea de poner a los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en poder de los verdugos del pueblo derivándose de ello la sañuda cruzada de que somos objeto.»

«En el curso de los años siguientes, la doctrina y el programa de Flores Magón, y otros dirigentes del Partido Liberal Mexicano, fué transformándose hasta adoptar los principios del anarcosindicalismo.»

Otro de los fundamentos que acreditan las sanas orientaciones de los floresmagonistas, aparece claramente expuesto en estas declaraciones aparecidas en «Regeneración», de Tijuana, en 1911:

«No será creada ninguna nueva república en Baja California, por los liberales.»

«El presente Movimiento Revolucionario en México, está dirigido por el Partido Liberal Mexicano; y las fuerzas de la primera y segunda divisiones del ejército liberal, hoy en Baja California, están incondicionalmente al servicio de la Junta del Partido Liberal.»

«La lucha no se realiza en beneficio de Dick Ferris, ni de los capitalistas norteamericanos, sino exclusivamente en beneficio de la clase trabajadora.»

Otra declaración de Antonio P. Araujo, dice:

«Todas las fuerzas revolucionarias que operan hoy en México, están supeditadas al Partido Liberal Mexicano. Estos soldados liberales, trabajan en armonía, y todos por el glorioso principio: «TIERRA Y LIBERTAD». Estos liberales continuarán combatiendo hasta que el trio capitalista Díaz-Madero-De la Barra, que ha esclavizado a la clase trabajadora, sea derrocado.»

Prosigue así el señor Cué:

«Ricardo Flores Magón siguió sosteniendo su ideario de revolucionario radical e internacionalista. El 23 de septiembre de 1911, aparecía el nuevo Programa del Partido Liberal Mexicano, en el que se hacía profesión de fe anarquista proclamándose la abolición de la propiedad privada y del mismo Estado o Gobierno.

«Capital, autoridad y clero, eran presentados como integrantes de una trinidad sombría y contraria a los trabajadores. El trabajo era declarado deber de los hombres, y necesario para la subsistencia.

«El 19 de noviembre de 1911, poco después de que Don Francisco I. Madero ocupara la Presidencia del país, Flores Magón reclamó de aquél, a través de «Regeneración», la entrega de la tierra, y de todas las industrias, a los trabajadores, a efecto de que éstos organizaran la producción para la satisfacción de todas las necesidades y el disfrute de todos los placeres sanos.»

Y termina su libro, el señor Cué, con estas evocaciones tan justas y tan merecidas:

«Esta es la auténtica imagen de Ricardo Flores Magón, como revolucionario social y campeón de los derechos de la clase trabajadora en todos los países del mundo. Su vida entera fué consagrada a la defensa de los hombres oprimidos y miserables. Su avanzadísimo programa de lucha y su vida de héroe social por excelencia, enemigo implacable de la burguesía y del imperialismo, representan las evidencias más firmes, y categóricas, en contra de la montaña de embustes, imposturas e infamias, afanosa y tercamente construidas por sus malévolos e ignorantes detractores, para hacer



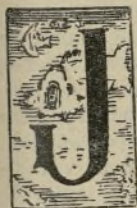
aparecer al más puro, noble y generoso de los hombres de la Revolución de México, como traidor a los intereses del pueblo mexicano y a la integridad y soberanía del territorio nacional. Su doctrina de emancipación humana trascendió las fronteras de la patria y con visión de iluminado se anticipó a la sociedad del futuro. Su vida egregia y su heroica lucha, son testimonio definitivo e irrefutable de su aspiración hacia un nuevo mundo de armonía, paz, trabajo, pan y justicia para los mexicanos y los otros hombres de la tierra.»

Para finalizar: En la historia de los pueblos, casi siempre permanecen inéditos, o prostituidos, los móviles sagrados que impulsan a los hombres a la conquista de las libertades humanas.

Introducción a un libro no escrito sobre HAN RYNER

«... Pero es para mí que escribo.
No soy un hombre que enseña; soy
un hombre que busca».

«La sabiduría riente», pág. 37.



U AMAS las circunstancias fueron menos propicias para la realización de una obra de cultura: de creación literaria, de síntesis crítica, de meditación que profundiza las realidades sobre la vida con valores éticos y estéticos. Una empresa tal suscitaría la sonrisa irónica o compasiva de aquellos que se creen lúcidos o prácticos en una época de terribles tormentas, de trastruque de todos los elementos materiales y que ni siquiera perdona la vida intelectual y espiritual. Mucho más todavía: en una época de destrucción frenética, de estragos de nuestra civilización, causados por los huracanes de la guerra que ruedan de país a país, de un continente a otro, no dejando sino ruina y muerte, y volviendo a los mismos lugares para aniquilar en torbellinos de odio y de sangrienta demencia los últimos restos de cultura y arte, de trabajo pacífico y extenuadoras tentativas de restablecer un «mínimo de existencia».

No intento evocar en estas páginas la tragedia de nuestra época: no se evoca un dolor, se lo sufre, y no se lo expresa en palabras, sino gritándolo. El aire está colmado de los gritos de la pasión humana. La tierra está sacudida por cataclismos desencadenados por la locura y los absurdos colectivos, por la ignorancia de las muchedumbres dóciles y por la infernal ciencia de las minorías dirigentes. Vivimos el apocalipsis de una guerra mundial para la cual no encontramos términos de comparación en el pasado: es necesario forjar expresiones y fórmulas nuevas, en lenguaje más inflamado y más penetrante que aquel de los profetas y los poetas de antaño.

En el caso de Flores Magón, y del sentido libertario de sus actividades revolucionarias, la reacción mexicana y la yanki, estaban de perfecto acuerdo para yugular tan bello y saludable movimiento. Es la historia de todos los movimientos que señalan el punto de partida hacia la supresión de todos los privilegios. Y su repetición constituye un aviso para los movimientos del futuro y para evitar las caídas en los cenegales de la improcedencia y de la desviación.

Existen puntos de coincidencia en los movimientos precursoros sociales del México de Flores Magón, Zapata y demás hombre de fe, con el movimiento revolucionario de la España de 1936. También la coalición fascista-democrática-soviética, logró desviar primero, y destruir más tarde, la gesta que el mundo entero no supo aprovechar para liberarse de las injusticias todas.

H. PLAJA

Mientras tanto, vivimos la guerra día tras día, noche tras noche, estremecidos por los acontecimientos que se suceden vertiginosamente y que desmienten las esperanzas que brotan en los breves periodos de calma. La latitud, la desesperación, el renunciamento, son azotados por los rayos de las batallas, galvanizados por los terrores que surgen de todas partes, de la tierra y del cielo, del fondo de las aguas y de los horizontes incendiados, de las capitales congestionadas y de los antros de las montañas, de las esquinas de las calles, de los muros de la habitación asfixiante como una celda de prisión, del gesto brusco de un paseante, de la palabra balbuciente de un oprimido, de la mirada en lágrimas de un ser querido. En el mundo entero y en cada individuo la obsesión de la guerra se encarniza, se fija como las innumerables ventosas de una hidra. Cada uno vive la guerra más o menos conscientemente, más o menos dolorosamente. (Sí, hay también gentes que viven «felices» durante la matanza, como los gusanos en la carroña, como las sanguijuelas que en un pantano succionan la sangre de un extraviado.) Pero todos los hombres, en los cuales el instinto de conservación y los impulsos de solidaridad persisten todavía, experimentan suficientemente la guerra a fin de ser para las generaciones de mañana «los héroes» del más gigantesco drama terrestre, los testigos de los desastres y de las transformaciones que—¿quién sabe?—darán otra fax a nuestro planeta martirizado.

Estamos apresados por esta incandescencia de un fin del mundo, que no concierne solamente a sus apariencias, a sus formas momentáneas sometidas de todas maneras a una implacable evolución, sino que ataca a sus raíces mismas, hundidas en las realidades oscuras y permanentes de la vida. Respiramos esta atmósfera ardiente, cargada con el polvo de tantos aniquilamientos, con los miasmas de tantas descomposiciones físicas y morales, con los venenos de tantos odios y egoísmos enconados, con los truenos y los rayos de tantos mandamientos y terrores. Uno no se asombra, pues, de que lo que se llama razón, lógica o buen sentido sea anulado en innumerables conciencias, entorpecido en la mayoría de los «hombres medios», desnaturalizado en las inteligencias cobardes u oportunistas, hipertrofiado en formas absolutistas, tiránicas, entre los que tienen en sus manos febriles y duras el destino de los pueblos.

Pero los que quieren mantener su integridad intelectual en este torbellino de fuerzas destructivas, en este infierno de energías humanas y naturales, coordinadas y aumentadas monstruosamente, con ayuda de la ciencia y de la técnica, únicamente para fines de guerra; los que quieren permanecer conciencias libres en medio de la más desafiante negación de la razón clarividente y de la libertad creadora, se oponen a la guerra con todas las fibras de su ser. Sus nervios vibran como cuerdas golpeadas por los dedos de hierro de la Barbarie; en su corazón palpitan todos los

sufrimientos y las crueldades de la masacre; su cerebro registra los extravíos y los horrores de los contemporáneos, iluminado por algunas verdades permanentes del espíritu combativo, imbuido de un heroísmo diferente—aquél del Amor—que se eleva por encima de todo cerco artificial, por encima de los dogmas políticos, religiosos, nacionales o de raza. Amor que es al mismo tiempo compasión fraternal para las multitudes ignorantes y esclavizadas; comprensión hacia eso que los falsos doctrinarios llaman «los misterios del mundo»; tolerancia con la natural variedad y concurrencia de las formas de vida social y moral. Pero también intransigencia y negación. Intransigencia para con las mentiras asesinas, con las divisas que quieren encadenar el alma y el pensamiento. Negación de las leyes arbitrarias de algunos gigantes políticos que quieren imponerlas a todos los pueblos, a toda la humanidad constituida—a pesar de los desmentidos de la historia y del presente—por individuos, y no por rebaños llevados a los mataderos de la guerra, después que se han agotado sus fuerzas en las usinas, las canteras y los labran-tíos.

Estas conciencias libres persisten en su soledad trágica, en todos los países azotados por crímenes colectivos y destrucciones sistemáticas. Ellas subsisten bajo aspectos modestos, anónimos y, más a menudo, en aquellos que llevan un nombre consagrado, de resonancia europea y aun mundial. «¡Pero no se oyen sus voces!». Es así que podría objetarnos algún astuto que se cree muy al abrigo de todo riesgo de la guerra. Si tales voces resonaron en lo más fuerte de la precedente guerra, no solamente en alturas serenas de los refugios neutrales, sino también en las turbias profundidades de los pueblos que estaban en la contienda, debemos reconocer que durante estos años—de la segunda guerra mundial—las voces libres no se hicieron oír en tumulto de las armas y de los altoparlantes. La propaganda oficial se ha servido de todos los perfeccionamientos técnicos, de todos los medios de persuasión, sugestión y coacción, para convertir en instrumentos del Estado todas las plumas, las elocuencias, las falsas sabidurías y las celebridades cobardes.

Jamás abdicación general de los intelectuales, desde el humilde maestro hasta el profesor engalanado de privilegios académicos, fué tan evidente que en nuestros días. Abdicaron también muchos de los que, hace veinte años, tuvieron la audacia de elevarse «por encima de la contienda». Compañeros de ruta nos han dejado, amigos que amábamos... ¡Y cuántos han muerto, no en un combate justo, sino asesinados, sin juicio y sin gloria! En cuanto a otros, no sabemos siquiera si viven todavía. Se ha erigido entre nosotros el muro múltiple de las interdecciones, de la censura, de la ignorancia. Para algunos de ultramar, quizá, yo también sea un muerto. Y en este mismo momento no sé si me ha sido dado acabar estas páginas, o traspasarlas a otros, como testimonio de fraternidad desde un rincón aislado de Europa.

Y, sin embargo, más fuerte que el silencio forzado es el imperativo de la conciencia solidaria con las grandes conciencias de la humanidad, esa ley no escrita del universo interior donde vibra una onda de cosmos estrellado, una pequeña luz nutrida de la misma sustancia imperecedera que anima las formas siempre renovadas de la eternidad creadora. Esta lucecita, tan tenue en un destino individual, pero tan tenaz si enlaza sus resplandores al fuego y a las aureolas (transmitidos por reminiscencias históricas y aun prehistóricas, por el sacrificio de los precursores, por

la presencia de los grandes contemporáneos, por el presentimiento voluntario y certero de un porvenir que se realizará mediante pensamientos más depurados y elevados y, a la vez, mediante acciones decisivas) esta lucecita es nuestra única guía en la noche fulminada por los huracanes del odio destructor. Una vez la protegimos con la torpeza, con el espanto, pero también con el impulso de nuestra primera juventud, durante la guerra de 1914-18. Y hoy, después de cinco lustros, nos esforzamos por mantenerla con la experiencia de tantas luchas sociales y espirituales, con la voluntad de una madurez algunas veces fatigada pero casi siempre lúcida, otras veces amarga pero decidida a encontrar la dulzura de la esperanza y de la salvación en la amargura misma.

No sentimos vergüenza por los momentos de desesperación, por las abrumadoras horas del errante en el desierto, por los insomnios llenos de angustias a través de las cuales se deslizan las serpientes venenosas de la Negación, por los soliloquios o las controversias donde refulgen la befa sardónica del Satanismo o las vulgares blasfemias contra divinidades ilusorias y fatalidades indiferentes. Confesamos estas debilidades, porque hemos luchado sin cesar con nosotros mismos y con un mundo hostil. Y sobre todo, porque al borde del precipicio hemos sentido siempre la mano cálida o firme, acariciante o guiadora de uno de los «benefactores de la humanidad». Legendarias científicas, sus palabras nos han insuflado nuevas fuerzas, han despertado en nosotros el pensamiento entorpecido, han hecho vibrar de nuevo «las cuerdas adormecidas» de la solidaridad biológica y espiritual, incluso en medio los más encarnizados choques en los campos de matanza de los cinco continentes. Están presentes en mí los profetas, los salvadores, los sabios, lo erudito, los genios creadores del arte, los fieles servidores de la verdad, del bien y del amor. Sus palabras esperan, inalterables, en las bibliotecas, aun en aquellas «expurgadas» por los inquisidores y los incendiarios. Esas palabras se han grabado en los escondrijos cerebrales, disuelto en la sangre y en el plasma de las generaciones. ¿Quién podría matar ahora, nuevamente, a Buda, Moisés, Jesús—a Pitágoras, Sócrates y Epicteto—a Erasmo, Spinoza y Montaigne—a Servet, Castellio y Ferrer—y a tantos otros sabios y mártires? Todos ellos son inmortales, en el Panteón de la humanidad y no de un Estado o de una casta. Y están presentes también nuestros contemporáneos que han heredado enseñanzas milenarias y las conservan, las aumentan y han de transmitir las a los que todavía no nacieron. ¿Quién puede sofocar al Espíritu? ¿Quién puede secar las fuentes de la vida que surgen incluso de las ruinas, los efluvios de la eternidad que se ciernen sobre los cementerios de tantos pueblos y civilizaciones?

—o—

... Así he resistido uno, dos, tres años en esta guerra—ensimismado y aislado, proscrito y agobiado por la red de hierro de las leyes draconianas, sospechado, acosado por las inquisiciones, por las requisas del régimen especial de mi «raza», obsesionado por los horrores y terrores colectivos, atado a un mismo sitio, como un condenado puesto en la picota del suplicio—y, sin embargo, arrastrando mis pasos por las calles febriles de una capital donde Oriente y Occidente se entremezclan sin realizar todavía una síntesis propia.

Pero no es aquí el lugar para relatar una pequeña odisea personal. Ninguna voz puede destacarse del coro de a

inmensa tragedia, en un solo patético. No obstante, en el cuarto año de guerra, quiero ofrecer el testimonio de una existencia realmente heroica, que físicamente terminó en 1938, pero cuyos frutos espirituales aparecen cada vez más logrados, más luminosos en el follaje rumoroso de las apariencias. Me he propuesto escribir un libro sobre este «Sócrates parisién» como algunos lo llaman, sobre el «más grande europeo contemporáneo», sobre «uno de los más grandes escritores, uno de los más profundos pensadores de nuestra época» (quiero decir del siglo XIX y del siglo XX), como otros lo proclaman. 1) Pero, desde el comienzo, evito los superlativos críticos y la idolatría estético-literaria, considerando a Han Ryner con toda la simplicidad y la convicción como un bienhechor de la humanidad.

Descubrí el autor de *Los viajes de Psicodoro* después de la guerra, en 1922. Desde entonces, lo he leído y releído, recibiendo cada una de sus obras—las antiguas y, en el correr de los años, las que él mismo me enviaba—como dones de alegría o de sabiduría, de encantamiento o de renovación. No fué mi «escritor preferido», como se dice en el pobre estilo periodístico. Rara vez tuve la osadía de publicar algunas anotaciones, esbozar un medallón o aportar un testimonio público a este mago del pensamiento. 2) Fué para mí el maestro, no de una sino de todas las enseñanzas, un sabio que jamás me ha chocado o desilusionado, porque deseando realizarse y liberarse él mismo, me reveló de este modo el secreto de una realización y de una liberación personal. Esto es suficiente para que yo aporte a mi turno el testimonio de su vida y de su obra, que en estos días—bajo el reinado de las Tinieblas, la Mentira y del Crimen—resplandecen finalmente en su entera pureza espiritual y en su grandeza intelectual.

No anticipo empero, en estas páginas preliminares, un retrato que debe precisarse de por sí, en el desarrollo de un libro al que no concibo como una crítica literaria o un estudio filosófico, ni como una «vida novelada». No quiero escribir un libro de erudición ni siquiera de imaginación, sino un libro viviente, reflejando las luces de múltiples obras creadas, tanto en la soledad de eremita como en las arenas de los combates sociales y culturales, por un escritor que fué sobre todo un hombre. Un hombre que se ha superado continuamente para proporcionar a sus próximos, desde las cúspides donde él se elevaba, las flores balsámicas del Amor, la Sabiduría y la Bondad.

¡Cuántas veces, en estos días de fiebre, de disgusto y de espera angustiosa he abierto tus libros, Han Ryner, hermano mayor y tan bondadoso, sabio de sonrisa tranquilizadora, que no te encerraste en la torre de márfil de los pseudoestetas ni en el gabinete tibio de los pensadores oficiales o en el tabernáculo profanado por los traficantes de la fe! Se te podía llamar no importa cuándo. Llegabas—espíritu encarnado en tus héroes—con tus pensamientos

pulidos, centelleantes como joyas, con tus «sueños» irizados con olas aguas, cambiantes y sin embargo esenciales como el fuego y las nubes... Llegabas como profeta o mago, como poeta o samaritano. No se necesitaba más que tender la mano hacia la biblioteca—pero no: hacia una de las dos maletas donde yo había reunido tus obras y la «documentación» correspondiente. Como de una caja de Pandora, yo sacaba riquezas impalpables y maravillas vistas sólo por ojos interiores. ¡Sí! de una simple maleta—porque así he llegado a vivir en estos años de guerra y de opresión—en una habitación obstruida por los restos de un hogar y de una familia. Siempre listo para ser desalojado del rincón donde era tolerado todavía en mi propia casa; listo para todo: bombardeo, pesquisa, desposeimiento, terremoto—porque ya he vivido todo eso, listo para ser deportado y listo también para el gran viaje de la liberación...

Y en las noches de vigilia, cuando las preocupaciones, las incertidumbres y las alarmas me invadían—las mías, las de mis vecinos, de la ciudad, del mundo entero—¡cuántas veces no he vuelto la mirada hacia tu retrato suspendido en el muro! Tu rostro era una amplia sonrisa en blanco y negro, tal como lo ha fijado en un gran dibujo tu amigo y discípulo, el pintor Pierre Larivière. Sonrías, los ojos centelleantes hundidos bajo la maraña de una barba agreste, tu semblante entero serenado por la comprensión y la benevolencia. Sonrías y lees. Tu mano hace el gesto que explica y apacigua. Es la poderosa mano del evocador, la mano encallecida del que edifica vastas, sublimes perspectivas cósmicas y espirituales, sin que el derrumbe que las espera venza su pertinacia. Porque ese derrumbe no es por tu culpa, sino por la de los hombres. Las cuartillas que lees a un grupo de amigos o a una muchedumbre anónima—como sucedió tantas veces en el proteito Paris—contienen, quizá, el capítulo duodécimo de la Vie éternelle, «novela del misterio», que releo en esta medianoche.

He aquí la página donde me he detenido. Hablas de Tel-Lon, la caldea, uno de los avatares de tu Beatriz. Igual que en nuestros días, como tú mismo, como yo también y como tantos otros, hermanos desconocidos en este sangriento entrevero de naciones, ella compartió las grandes esperanzas de los constructores que creyeron elevar allí, en Babel, la fraternidad human y su símbolo: la torre gigantesca de los pueblos. Sus manos han sangrado por «su noble impotencia y su doble derrota». Ella había comprendido la gran causa del fracaso y que, para realizar la dulce unidad de los corazones, es menester aceptar antes la inevitable y valiosa diversidad de los espíritus. Cada raza quiso—generosamente, creía ella—hacer, de su más profundo pensamiento, el pensamiento y la creencia de todos; por eso, los hombres han llegado finalmente a combatirse, asesinarse, odiarse y huírse... Y sin transición, tu enseñanza individualista cae bruscamente, pesado como un fruto: «Mi inteligencia tiene, como mi cuerpo, una forma que ningún amor y ninguna tiranía podrán cambiar». Y tu advertencia es severa, a pesar de su forma interrogativa, como si perteneciera a un Sócrates o a un Epicteto: «¿El amor que se obstina en obtener ciertas modificaciones, no se convierte en ciega y opresora tiranía? ¿Ahora mismo, mi resistencia y su fracaso no lo quieren transformar en odio?».

Amor, odio, los dos polos del eje sobre el cual gira nuestro planeta, con su pobre género humano que padece y

1) J.-H. Rosny aíné, en «Le Semeur», 13 de julio de 1947: «Han Ryner es lo que puede decirse una mentalidad cíclica, de aquellas que aparecen en determinados momentos históricos y que vienen a iluminar de esperanza, estímulo y consuelo a los que desconfían de todo, a los que ya no tienen fe más que en las revoluciones sísmicas».—**María Lacerda de Moura.**

2) «Avec Han Ryner, magicien de la pensée», en la revista «Controverse», París, 1933, incluido con el mismo título en «De mis peregrinaciones europeas», ed. Hachette, Buenos Aires, 1953.

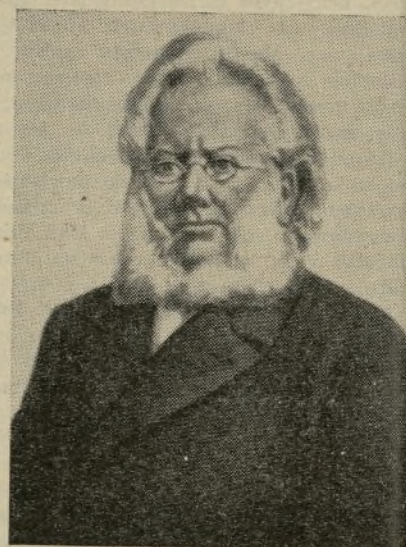
IBSEN

por

Maria Lacerda de Moura



INEDITO EN CASTELLANO



RECUERDO cuándo se realizó la sesión pública de la Academia Brasileña de Letras, conmemorando el centenario de Henrik Ibsen. Ocuparon el escenario señores que desarrollaron las siguientes tesis: «La filosofía de Ibsen», «Solnes, el Constructor» y «Consideraciones en torno a la sico-patología en la obra de Ibsen».

Cada fase del problema de Ibsen circula en torno a su profundo subjetivismo, sintetizado en esta frase: «El hombre más fuerte del mundo es el más solitario».

Ibsen fué contrario, por lo tanto, a no importa qué rebaño humano, y muy principalmente al que se reúne bajo el manto de la Academia de Letras.

Perseguido por la literatura oficial, esto es, por la literatura académica y política, la que no podía soportar u

sangra como en los tiempos babilónicos... ¿Cuántas veces ha elevado la humanidad la Torre de la Paz, y cuántas veces se ha derrumbado sobre ella, por las sacudidas de sus propios fetichismos y terrores? ¿Cuántas es? ¿Y a actual masacre y el derrumbe de nuestro mundo serán, acaso, los últimos que deban soportar los pueblos serviles y los individuos rebeldes?

No puedo responder aquí a esta pregunta. Parecido a ti, Han Ryner, soy un hombre que, buscándose a sí mismo, busca la verdad, la luz saludable y reveladora. Contigo, con tus obras, tomo de nuevo el camino, tanteando las huellas de tu existencia y escribiendo para mí—tal como lo dices en *La Sabiduría riente*—para aprender a conocer, no un dogma, sino la vida misma en sus incesantes transformaciones. Y quiero, por esa enseñanza, transmitir un poco de ella a los que te ignoran todavía...

Eugen RELGIS

Bucarest, bajo la ocupación nazi. Junio de 1943.

independencia o su genio, Ibsen combatió, valerosamente, a la sociedad—que es siempre la misma limitación aniquiladora de las energías individuales—. Luchó contra los partidos, sectas, nacionalismos, patrias, banderas; contra toda esa moral de rebaños, defensor de la sagrada institución de la familia—protegida por los literatos y académicos—, contra políticos y moralistas oficiales, contra los vendidos a esta organización social de privilegios y contra los domesticados a los convencionalismos mundanos.

Ya muerto, ¡el genio noruego es aplaudido y conmemorado con homenajes de gobiernos, políticos y académicos!

Los hombres de rebaño y disfrazados con uniforme, manciplan la filosofía y ultraajn la memoria de Ibsen.

Innoble es la desfachatez con que la literatura oficial se apodera de los mayores genios de la humanidad para moldearlos con el vacío de sus expresiones retumbantes, sonoras, sentimentales y «científicas»...

La Sociedad y el Estado son siempre teatrales.

¿Científicos académicos y nacionalistas disertando en torno a la filosofía libertaria de Ibsen, ahogando al genio ibseniano, dentro de la prédica doctrinaria de cualquier sico-patología!

Cuán fácil es llamar de «loco» o calificar de «enfermo» al hombre libre (1), de incorruptible conciencia que no se vende, que no se domestica, que no pierde la cabeza ante las seducciones (tan poco seductoras para los genios) de la «inmortalidad» y de la efímera gloria exhibida con un uniforme grotesco, para gozo de un instante de mundanismo.

¿Cuál de esos literatos, científicos y académicos sería capaz de decir a su esposa aquella frase de Wangel: «Eres libre, haz lo que quieras y tuya es, solamente, la responsabilidad de tus gestos» (2).

¿Cuál de ellos tendría la noble actitud de ese Wangel de «La Dama del Mar», que no intenta hacer detener a su mujer, ni aun siquiera persuadirla, cuando ella va en pos de otro amor, convencido de que todos los seres son

libres y nadie tiene derecho de limitar la libertad del prójimo? (3).

Porque Ibsen no hace literatura: indaga, estudia problemas, sin pretender resolverlos, porque cada individuo tiene su problema y su esfinge. La solución que le convenga, debe ser particular e individual.

«Sé tú mismo en la plenitud de todas tus fuerzas»—tal es la filosofía ibseniana.

¿Cuál de los nombrados académicos aceptará la conclusión de Ibsen en «Casa de muñecas»?

Representa una tesis absolutamente «escabrosa» e inmoral para la cómoda moral de los literatos académicos, para la literatura oficial y para los médicos, necesariamente padres de familia, la de Nora, abandonando el hogar, 'os hijos, el marido, simplemente porque no puede amar más a ese marido vulgar como todos los esposos que pontifican su envilecedora protección. Nora sintió que toda criatura tiene derecho a buscar su realización interior, reivindicar la libertad individual, que todo ser tiene derecho a ser respetado en sus sueños, en sus ideales y en sus gustos espontáneos, castigados por las leyes inexorables de los hombres.

¿Es principalmente para engañar a los débiles y a los ignorantes? ¿Por qué cultivar la ignorancia y la inconciencia femenina?

La Nora de Ibsen es una formidable protesta contra la educación, aun hoy propia de la Edad Media, que de la mujer hace un parásito social o un instrumento de trabajo (según a la clase que pertenece), «bibelot», muñeca, «lulú número 1» (4), cosas éstas tan queridas en la literatura de los académicos...

Nora se desembaraza de la hipocresía del hogar y de la familia, convenciéndose de que el casamiento es un negocio que satisface la «sagrada institución» de la Sociedad: la verdadera unión entre los sexos se base en el amor consciente a la libertad y en las libres y esclarecidas conciencias de las mujeres y de los hombres.

Helmer es el tipo de marido: sensato, considerado; educa, protege, acusa y juzga, perdona o condena, aplica la pena merecida.

Nora piensa y despedaza, altivamente, los eslabones que encadenaban esa familia (5).

¿Cómo es que los literatos académicos, presa como son de los convencionalismos sociales, incapaces de apoyar públicamente la maternidad libre y consciente (6), a la mujer verdaderamente emancipada—tal como lo soñaba Ibsen—; cómo es, repito, que esos hombres de «moral social» y que educan a sus hijitas en los «Sion» y en los «Sacré-Cœur» (7), elogian la obra sin mácula y humana del genio ibseniano?

¡Comedia literaria!

«El pato silvestre», la «Casa de muñecas», «La dama del mar», son problemas iluminando la educación sexual de la mujer y defendiendo su individualidad.

¿Y es ésta una tesis para una academia de elegantes académicos?

Si las academias y los hombres políticos elogian a Ibsen, ¿qué es lo que queda para nosotros, los indeseables de la literatura y del periodismo oficial, para nosotros que carecemos de un diario cualquiera para expresar nuestros sueños; para nosotros, saboteados por los editores y por la prensa oficial en manos de los académicos y de los mercaderes del dolor; para nosotros, que amamos la corriente de Ibsen, que estamos señalados por todos los imbéciles

de la literatura perruna; para nosotros, que voluntariamente nos colocamos, como Ibsen y tantos otros, al margen de la ley bárbara, de la moral estúpida y de la sociedad esclavocrata; para la hermosa defensa de nuestros sueños de Libre Individualismo y de Voluntad de Armonía? (8).

«Brand» es el problema religioso y el problema del apostolado: ¡ay de aquéllos que pretenden poseer un ideal de regeneración social!

¡Ay de los que tienen la ilusión de edificar la sociedad futura clamando en pos del rebaño humano!

«Brand» es la protesta contra la tiranía multitudinaria, contra la ingenuidad del apostolado (9).

Viven los pueblos de mentiras vitales y el que intenta persuadirlos de que las recompensas sólo vienen de la vida interior, es sacrificado sin piedad, inútilmente, por esas mismas muchedumbres, aullantes de entusiasmo, que van detrás de los edificadores de iglesias.

«Un enemigo del pueblo» (10), de la moral, la sociedad, la religión, es todo aquel que se eleva por encima de los preconceptos, los intereses, los convencionalismos, del exhibicionismo o del fausto académico; es todo aquel que tiene el valor de proclamar bien alto sus verdades, contra las «verdades muertas» de los rebaños o de los intereses inconfesables.

«Espectros» es otro aspecto del problema ibseniano. ¡Cuánta belleza, qué admirable lección sintetizada en la frase de Oswald a su madre, protestando contra la degeneración del vicio, contra la fatalidad hereditaria impresa con hierro candente en su sacrificada existencia: «¡Vaya especie de vida que me diste! No te la pedí. Te la devuelvo!».

Es el acumular taras e hipocresías en los vicios de los ricos piadosos y caritativos. ¿Puede esta tesis ser defendida en las academias, por los literatos «refinados» que, si llegan a ser sinceros, tienen la «sinceridad del eco»?

«Peer Gynt» es el ridículo del individualismo egoísta. «Edda Gabler» es la voluntad de dominio, el individualismo autoritario.

Nadie tiene derecho a imponer su voluntad a quienquiera que sea o procurar influenciar un destino: las consecuencias no tardan en llegar. Es la desgracia de quien quiere dominar y del que reacciona o acepta, dócilmente, ese dominismo.

Cada cual sólo puede influenciar a su propia naturaleza pero, sabido es que exigir a los otros es más fácil que exigirnos a nosotros mismos.

¡Qué tarde aprende la gente todo esto!

¿Cómo es preciso reaccionar contra lo que nos enseñaron, para percibir esas verdades inscritas en el pórtico de nuestra conciencia!

Werle, en «El patio silvestre», es aún el apostolado, el problema de la ingenuidad del reformador: todos los que no se aproximan o no realizan su subjetivismo estoico, tienen necesidad de las «mentiras vitales», desde las más bajas y más interesadas hasta las que se esconden bajo los pliegues de las banderas nacionales, las patrias, los chovinismos patrióticos y guerreros o las revoluciones saneadoras (11), o por ingenuidad, la incoherencia, la debilidad, o la incapacidad de tener siempre los ojos abiertos, o por la voluntad de dominio.

Hasta el mismo individualismo puede ser la máscara del egoísmo, la sordidez, las bajezas y el delirio de un Nietzsche, con su obsesión del poder, «última forma de la locura».

En «el país de lo desconocido» sólo penetra aquel que, al margen de la ley, de los preconceptos de familia, de sociedad, de religión, huyendo de la tiranía de dominio de persuasión, huyendo de los deberes sociales impuestos por las muchedumbres desencadenadas con su servidumbre voluntaria y sus infantiles ilusiones, procura, en sí mismo, edificar una energía interior que es fuente de incorruptible carácter, de pureza y de valor, para bogar contra corriente en la gran marea societaria; para, cada día más, volverse un hombre libre y un individuo clarividente.

Ibsen se ahoga dentro de las academias.

Ibsen solamente puede respirar el puro aire de las cimas.

Si Ibsen surgiese ahora de la sepultura y se viese «honorado» en una sesión «académica», tal vez gritaría: «¡Compadre! ¡En vida, ninguno de vosotros me reconocía!».

Peró no todo es basura en el lodazal humano. Tengo en mi biblioteca un número especial de «LeSemeur» (El Sembrado), dedicado a Ibsen y también un folleto editado por esa hermosa revista, reproduciendo el magistral ensayo en torno de la filosofía ibseniana, hecho por otro hombre libre—Han Ryner—, y estudios de personas como Henry Bauer, Laurent Taillade, Gerard de Lacaze Duthiers y otros escritores de igual valor, algunos de los cuales conocían a Ibsen cuando los académicos lo «apedreaban» (12).

«Le Semeur» honró así verdaderamente al genio de Ibsen, lo cual nos consuela de los «homenajes» sensibleros hechos en nuestros tiempos al genio escandinavo, por los gobiernos, los políticos, los militares, los moralistas y los académicos (13).

MARIA LACERDA DE MOURA

Traducción y notas de V. Muñoz

1.—Siempre será más justo poseer en el pensamiento la noble «locura» del Quijote, que la cordura incolora de los rebaños humanos. Por eso Erasmo de Rotterdam escribió «El elogio de la locura».

2.—Incapaces y contrarios también a esa expresión son el 90 por ciento de los seres humanos.

3.—El «matrimonio» es un contrato de propiedad mediante el cual el hombre compra (y la mujer vende) una joven, en el mercado «legalizado» y «santificado» de los juzgados y las iglesias. Tal contrato formaliza la «exclusiva» propiedad y la total dependencia de la mujer hacia el hombre. En este sentido, nuestra sociedad es mosculino-crata.

4.—En francés, en el original.

5.—Posiblemente, pensando en la Nora de Ibsen, escribió «Nora o la ciudad prohibida» el sexólogo libertario Juan Marestán, recientemente fenecido. Tal obra, fue su último libro.

6.—«Estudios» de Valencia (España), publicó en este aspecto, la obra de Manuel Devaldés titulada «La maternidad consciente», que prologó el Dr. Isaac Puente. En octubre de 1956, se terminó de imprimir la reedición de la obra de Isaac Puente «Tratamiento de la impotencia sexual», 176 páginas, numerosas ilustraciones (Editorial Caymi, Lima 1891, Buenos Aires). Libro no agotado que se vende a precio módico.

7.—Colegios religiosos brasileños.

8.—«La voluntad de armonía», esencia de la filosofía ryneriana.

9.—Todo apóstol dogmático es un tirano, pues trata de sustituir las demás conciencias por la suya.

10.—Un enemigo del villorrio.

11.—Hoy el término «revolución» ya se ha prostituido. Hasta los curas «hacen revoluciones». Los militares argentinos «encaramados en el poder» (Argentina, a lo largo de la historia, ha sido un país de arrastrables y espadones) peroran fastidiosamente sobre su «Gran Revolución Libertadora». ¿Quién no emplea ese vocablo hoy día? Los políticos, los traficantes, los religiosos, etc. ¡Cuán lejos estamos ahora del significado que atribuía Eliseo Reclus a dicho término, en su perdurable obra «Evolución, revolución y el ideal anarquista».

12.—«La filosofía de Ibsen» de Han Ryner (traducción Elizalde) fué publicada por «Estudios» en sustancial folleto de 16 páginas. El texto francés puede encontrarse en el libro de H.R., «Face au public» (Frente al público), páginas 24 a 34. («L'amitié par le livre», febrero de 1948). Libro no agotado que puede solicitarse a Los Amigos de Han Ryner (3, Allée du Chateau, Les Pavillons sous Bois, Seine, Francia).

13.—He aquí la cronología de las obras de Ibsen:

«Catilina», 1850.

«La tumba del guerrero», 1851.

«La noche de San Juan», 1852.

«La Castellana de Ostrat», 1855.

«La fiesta de Solhaug», 1856.

«Olaf Liliekrans», 1857.

«Los guerreros de Helgeland», 1858.

«La comedia del amor», 1862.

«Los pretendientes a la corona», 1863.

«Brand», 1865.

«Peer Gynt», 1867.

«La unión de los jóvenes», 1869.

«Emperador y Galileo», 1873.

«Las columnas de la sociedad», 1877.

«Casa de muñecas», 1879.

«Espectros», 1881.

«Un enemigo del pueblo», 1882.

«Pato silvestre», 1884.

«La casa de Rosmer», 1886.

«La dama del mar», 1888.

«Hedda Gabler», 1890.

«El constructor Solness», 1892.

«El niño Eyolf», 1894.

«JhonGabriel Borkman», 1896.

«El despertar de nuestra muerte», 1899.

Ibsen nació el 28 de marzo de 1828 en el puerto de Skien (Noruega) y murió en Cristiania el 23 mayo de 1906.

«La revolución de temas—escribe Enrique Anderson Imbert—, procedimientos, ideas, estilos y fines que promovió Ibsen abrió un nuevo período en la historia del drama. No hay país cuyo teatro no ofrezca un «antes y después de Ibsen». No nos referimos a la mera expansión de las obras de Ibsen por el mundo, sino a la importancia de Ibsen como iniciador de nuevas tendencias aun como formador de dramaturgos. Todas las historias nacionales del teatro reconocen la deuda ibseniana de sus autores más señeros. La batalla del teatro nuevo se libró hace algunas décadas al grito de ¡Viva Ibsen! (fragmento del libro no agotado «Ibsen y su tiempo», Editorial Yerba Buena, Buenos Aires, 1946. Numerosas ilustraciones).

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

EL HOMBRE COMO MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

A Benjamín Cano Ruiz



OR varias razones, creo que hemos llegado al final de nuestra plática: porque estimo que algunos compañeros desean intervenir en la discusión; porque hemos dado al debate, si no la hondura que merece, sí la extensión más que necesaria; porque sospecho que hemos consumido todas las razones de que éramos capaces; porque bien que patente nuestro desacuerdo, nos hemos encerrado en un círculo vicioso de repeticiones y redundancias.

Por lo que me afecta personalmente, me declaro incapaz de aportar elementos nuevos de juicio. Creo haber expuesto cuanto me animó a decir aquel trabajo tuyo origen de la discusión. Esto era esencial y creo haberlo logrado de algún modo en mi último trabajo. Contestar punto por punto el publicado por ti últimamente me obligaría a repetirme. Por otra parte, creo haberlo ya contestado en el curso de todo el debate.

Y aquí debiera terminar si susceptibilidades muy particulares no me obligaran a dar una cierta extensión a estas líneas de despedida, a guisa de recapitulación o resumen sobre los motivos—no correspondidos satisfactoria mente—que hicieron salir al paso.

Estimo ¡ea! que los ideales que decimos sustentar valen precisamente por su interpretación original del valor hombre. Estos ideales han sufrido una importante evolución desde que empezaron a ser formulados en el siglo pasado. Nacieron en un momento de euforia científica; en un momento en que la ciencia se enunciaba como un dogma. La ciencia, entonces, no había tomado la amplitud que en muchos aspectos tiene actualmente, pero creyó haber resuelto el problema de los orígenes y los fines. Creyó haber desentrañado los secretos más recónditos de la Naturaleza. La reacción contra el dogma religioso creó no pocas paradojas científicas. Los descubrimientos físico-químicos, sobre la mecánica celeste, sobre la evolución de los mundos y de las especies, en el dominio de la biología, etcétera, crearon una atmósfera de optimismo exagerado. Por ende, las ciencias aplicadas, a la mecánica, a la ingeniería, a las comunicaciones, al confort doméstico, dieron un prestigio enorme a todo lo científico en detrimento de lo empírico, abstracto o ignoto, ni científico ni anti-científico por necesidad.

Por lo que nos atañe, la quiebra de este optimismo se produjo, en parte, al extenderse estos principios al campo social, a la sociología, al dominio del hombre.

Creo que fué el mismo Godwin uno de los primeros —si no el primero— en poner reparos serios a la interpretación científica de Malthus sobre los procesos sociológicos. La lógica científica había conducido a éste al fatalismo de la desigualdad social dadas sus constataciones sobre el dispar desarrollo entre la producción alimenticia y los nacimientos. La reacción—eminentemente moral—de Godwin contra el rigor científico malthusiano, se repetiría —lo he dicho ya— en Kropotkin, ante el desgarrante rigor científico de Huxley. Este, siguiendo las huellas de Malthus, transformó el fatalismo de la inequidad social en fatalismo de lucha a muerte por la vida. Ya dije también que Kropotkin sintió como un latigazo, como una herida en su conciencia de hombre, las crudas teorías de Huxley.

Ya sé que se han presentado, frente a las de Malthus y Huxley, teorías no menos científicas, atenuantes, contradictorias y hasta diametralmente opuestas. Un libro publicado en Nueva York (Smith and Chapin: «The sun, the earth and tomorrow») podría ser una especie de puntillazo al pesimismo malthusiano. Pero de todas maneras, los argumentos presentados hasta ahora contra Malthus no desmienten lo fundamental de su doctrina: a saber, que los nacimientos se producen en progresión geométrica y los alimentos en progresión aritmética. Cuanto más, se han descubierto nuevos medios de producción explotable y nuevos métodos para la limitación natal. Pero todo esto es artificial, por lo que más que negar confirma la ley natural de Malthus. La solución, pues, se remite a la conciencia, a la voluntad y al sentido moral del hombre, tomado éste como corrector de la Naturaleza, en brega contra una ley científica que le amenaza moral y materialmente.

Tengamos ahora en cuenta que tanto Godwin como Kropotkin son, como Malthus y Huxley, científicos, materialistas y deterministas rabiosos. Sobre el primero lo has dicho tú; sobre el segundo, yo. Y añadido: ¿por qué una verdad científica no ha de hacer que todos los hombres iniciados en la ciencia la vean de la misma manera? Sin ir más lejos, tú y yo hemos bebido en las mismas fuentes de la pedagogía racionalista. En la Escuela Moderna aprendimos de Edmund («Catecismo de la ciencia») que «la verdad es aquello que todos los hombres, colocados a la misma distancia, ven de la misma manera». Si calo bien en el sentido de este enunciado, quiere decir que todos los hombres, colocados a la misma distancia de un objeto, lo ven de la misma manera. Y, sin embargo, tú y yo que, repito, hemos salido de la misma escuela, y profesamos las mismas ideas, llevamos varios meses discutiendo sobre

algo elemental sin lograr ponernos de acuerdo. ¿Cuánto no se ha probado, jurídicamente, la fragilidad del testimonio humano?

Pero no quiero volver a las andadas. Iba apuntando que nuestras ideas, nacidas del acervo común social-científico ochocentista, lo hacen poniendo muy de relieve los valores morales que el frío método inductivo-deductivo se salta frecuentemente a la torera. Este proceso moral, según yo, seguiría afirmándose posteriormente al tomar auge el llamado «socialismo científico». Aquí se reprodujo un fenómeno. No hay más que echar un vistazo a lo que escribían los viejos teóricos del socialismo para ver que—excepciones aparte—hubo una amplia coincidencia de fondo en encuadrar el socialismo en el marco de los principios científicos de la época. No es cuestión de juzgar aquí el grado de fidelidad científica de la ortodoxia marxista. Lo que me parece cierto es que hasta que Marx y Engels no mostraron sus rapaces uñas apetentes de poder político (crisis en el seno de la Primera Internacional)—antes había aparecido el «Manifiesto Comunista» como una secreción lógica de las ideas de «El Capital»—no se da en la idea de someter a examen más detenido—por nuestros antecesores anarquistas—el «socialismo científico» y el «materialismo histórico».

Quiero decir que los futuros antagonistas de Marx compartieron durante mucho tiempo el fatalismo social de éste (su determinismo económico), secreción natural del determinismo científico.

Tú mismo te has referido extensamente a las reminiscencias deterministas de Bakunín. Lejos de refutarte, a lo dicho por ti añado que, si no estoy trascordado, Bakunín llamó a Marx su maestro, y si no he oído campanas hasta emprendió la traducción de «El Capital». Pero esto no niega—aparte ideas bakuninianas deterministas muy contradictorias—la condición de ser y de actuar de Bakunín, que le destacan por su frenética actividad revolucionaria, digamos voluntarista. Si llamas determinismo al de Bakunín cuando minaba, somovía y empujaba, como un Hércules, las instituciones y los acontecimientos—que suponen los deterministas ser como son y no como quisiéramos que fueran—, en este caso nos habríamos engañado mutuamente jugando con las palabras. Evidentemente, en este caso Bakunín y yo mismo seríamos deterministas.

Me refiero a que Bakunín, con todo y sus reminiscencias de formación primeriza, representa un paso de gigante en la senda de nuestra evolución ideológica. Pues a partir del choque entre él y Marx, tras el análisis que en consecuencia hubo de sufrir el «socialismo científico» a ojos v entendimiento de los disidentes internacionalistas del ala bakuniniana, el anarquismo fué dejando cada vez más de ser una réplica, una protesta, una reacción circunstancial contra las veleidades centralistas, autoritarias o gubernamentales de los dómines del Consejo General.

La revisión se empleó a fondo en las consecuencias morales del sistema filosófico marxista, sin por ello pasarse por alto las fallas del sistema económico mismo. La antinomia Anarquismo-Marxismo no implicaba ya meramente una cuestión de antipatía o incompatibilidad personal; ni el choque entre dos temperamentos exuberantes poderosamente influyentes; tampoco una simple discrepancia sobre medios, procedimientos o tácticas, sobre si la revolución por arriba o por abajo. Los resultados de la revisión fueron de fondo. Fueron de principios. La aplicación de una concepción científica fría, cruda, estrecha, sistemática y puramente especulativa al campo de las realidades socia-

les, había provocado una reacción profunda en la conciencia de los anarquistas y una revolución creadora en el campo del socialismo. Esta revolución había puesto en primer plano de las consideraciones el valor del hombre ante la sociedad y ante el mismo hombre, que es lo que en suma cuenta en nuestra vida.

Y he aquí la cuestión. ¿Cuál es la perspectiva del hombre ante el llamado determinismo científico, económico, político y, finalmente, social? Los acontecimientos inmediatamente anteriores y posteriores a la revolución soviética y la crónica crisis política internacional, han agravado todavía más este dramático problema de la libertad, situándolo más y más donde únicamente puede tener sentido: en el hombre. La democracia, jacobinista o moderada, había bastardeado este sentido recto de la libertad y del hombre mediante tópicos abstractos y metafísicos: la «nación», la «ley», la «voluntad general». El comunismo, fiel a las consignas dialécticas del «socialismo científico», lo ha descartado lisa y llanamente: si todos los procesos históricos se hallan fatal e indeclinablemente determinados (¿cómo no en la sociedad si ello ocurría en la Naturaleza?), la libertad carecía de sentido. El fascismo, por senderos no menos tortuosos, llegaba a la misma conclusión negativa del hombre. En la vida éste quedaba reducido a simple material de relleno. El fin de la sociedad no era el hombre sino la sociedad; y por sociedad se sobreentendía el Estado.

Ya sé que hay que distinguir entre lo sincero y lo ficticio de estos oráculos. Ya sé que sólo los catecúmenos del totalitarismo creen a pies juntillas tales aberraciones doctrinarias. Pero es evidente que los mentores de las teorías racistas, como los adalides de la «misión histórica del proletariado», han sabido sacar muy buen partido de principios científicos muy seriamente alambicados por sus autores. Y lo grave es esto: que dado el rigor científico de estos principios, todas sus aplicaciones en detrimento del hombre encajan como anillo en dedo. Convertido el individuo en un cero a la izquierda, definida la libertad como una entelequia, la ofensiva totalitaria tiene ganada la partida. Pero obsérvese que no se trata de negar al hombre y su libertad aplastándole traumáticamente, sino convenciéndole con buenas razones científicas de que real y verdaderamente, ante el fin supremo, no puede ni significa nada. Persuadiéndole de que todo lo real es necesariamente lógico; de que los hechos reales no son buenos ni malos, justos o injustos, dignos o indignos, morales o inmorales. Las siete plagas de Egipto, la dictadura perpetua de César, el golpe de Estado bolchevique y las dictaduras totalitarias de Hitler y Franco, no serían más que realidades inevitables y, por ende, necesarias. Todos nuestros esfuerzos y afanes, todas nuestras propagandas y sacrificios para cambiar o mejorar las ignominias sociales no tendrían sentido en sí mismos. A lo más, deberíamos resignarnos a que la misma causa suprema que puso en pie estas fealdades resuelva destruirlas en un momento dado, preciso, matemático, que puede ser ahora o dentro de un millón de siglos, según esté predestinado, sirviendo nosotros de ciega piqueta demoledora o de ariete. Ciega, porque nosotros mismos, no tenemos ni siquiera el derecho a indignarnos. La dignidad, como la justicia, como el amor a la libertad son, a lo que se deduce, simples reminiscencias religiosas.

En fin, estimo que el anarquismo, en su evolución ideológica, ha ido centrando todas sus inquietudes en la realidad hombre como suma y compendio de todas las realidades. Creer en el hombre no exige más esfuerzo crítico

PACIFISMO

CIENTIFICO



DEVALDES, en sus escritos pacifistas, ha tenido interés en diferentes ocasiones, de precisar la forma en que su pacifismo estaba concebido y, en buena lógica, designado con el nombre de científico.

Era natural que así fuese, si se quiere recordar que todos los escritos de Manuel Devaldés están impregnados de un neomalthusianismo riguroso, que no deja lugar

a ninguna interpretación falsa.

Ya en una obra que hizo época, «La carne de cañón», Manuel Devaldés demostraba que el factor principal de las causas de las guerras es la pululación humana. Esta inmensa desproporción que se acentúa más y más entre la multitud de los hombres y la posibilidad de nutrirlos, determina una lucha por la existencia en el terreno social, que conduce a la guerra, en régimen capitalista.

Manuel Devaldés aconsejaba, pues, la limitación voluntaria y racional de los nacimientos, a fin de luchar contra la guerra. Los burgueses reclaman a voz en grito: «¡Hacednos hijos para que nosotros podamos tener soldados!» «¡La Patria está en peligro!». Manuel Devaldés traducía estos pensamientos dándoles su verdadera significación: «Nuestros beneficios de capitalistas están en peligro», y ponía de manifiesto toda la mentira de los preceptos de aquellos que empujan al conegismo, mientras que ellos mismos se guardan muy bien de procrear ciegamente.

Pero, ¿acaso no faltan esclavos, carne de cañón, carne

de placer para los potentados del día? Una patria, «es un sindicato de capitalistas», no lo olvidemos.

Todo esto está escrito con pluma viril, que no atenúa nada, cuando se trata de denunciar las mentiras convencionales de nuestra sociedad (1). Su individualismo, que expuso con rara pertinencia en un folleto: «Reflexiones sobre el individualismo», se expresa en estas cortas líneas: «El individuo, el hombre, es la sola realidad existente, en relación con esas entidades que un razonamiento aún imbuido de metafísica le oponen: Sociedad, Estado, Patria, etcétera». Nos recuerda después las querellas surgidas entre estos diversos pastores. Ellos entienden que deben ser resueltas a cañonazos. Los esclavos, vergonzosamente, se apresuran a abrazar estas querellas económicas. Así nacen las ligas honradas por esos sindicatos de capitalistas, que reclaman una mayor proliferación, pues la defensa nacional necesita carne de metralla y carne de cañón.

Desvaldés prosigue su exposición con lógica implacable. En conclusión, comentando la fórmula en boga en los Congresos socialistas de la época: «Antes la insurrección que la guerra», Manuel Devaldés agrega: «La limitación de los nacimientos es una forma práctica y permanente de esta insurrección, con la que los esfuerzos individuales contribuyen efectiva y visiblemente a la acción colectiva, satisfaciendo, además, en sus necesidades inmediatas en sus tendencias idealistas, a la vez al individuo y a la colectividad. Especifiquemos: el proletario y la clase obrera mundial». («La carne de cañón» pág. 22.)

que creer en la materia, en el protozoario o en la nebulosa. Quiero decir que, en el sentido absoluto, no conocemos nada (*). La misma materia se nos diluye en las manos al observarla atentamente. Razón por demás para creer en el hombre, que soy yo mismo, y, por extensión, en los hombres, como principio y fin de todas las cosas. Pero un hombre sin voluntad **determinativa** no sería un hombre.

Repito. Si hay alguna verdad ésta es el hombre. El hombre es la medida de todas las cosas. Todo lo que sabemos y conocemos: la materia, el Universo, las leyes científicas y naturales, las teorías y doctrinas, los principios y las filosofías, todo, repito, toma forma real a través de la realidad hombre. Todas las realidades se hallan subordinadas a la realidad hombre. La realidad hombre, con todos sus atributos y facultades, es previa a todas las realidades. Niégame a mí esta soberanía, esta conciencia

«mía», y sacaré de tus lucubraciones lo que el negro del sermón.

Y he terminado. Estimo no haberte recreado esta vez los oídos contándote vidas miríficas de santos. De todas maneras, aunque fuera yo de la polémica, si es voluntad tuya continuar en la brecha, con las mismas cosas que dices tener por decir todavía, te leeré con mucho gusto. Pero me agradaría verte abordar lo que fué remate de mi trabajo anterior, y de éste, pues en resumidas cuentas fué el móvil inicial de nuestra polémica. Señalo esto porque lo eché de menos en todos y cada uno de tus trabajos.

José PEIRATS

(*) Los doctores Tsung Dao y Chen Ning-Yang, colaureados con el premio Nóbel, declararon en Suecia lo siguiente: «Debemos estar preparados ante la revelación de un fenómeno llamado a reconsiderar las llamadas leyes naturales».

Devaldés aconseja a los proletarios que presten oído atento a este pensamiento científico de los neo-malthusianos. No estaba completamente equivocado. Cosa curiosa; es preciso esperar más de quince años para reencontrar, trazado por la pluma de Manuel Devaldés, un escrito algo importante sobre el análisis del problema que le preocupaba desde 1908, abordado en «La carne de cañón», cuya segunda edición corregida fué publicada en 1913, y la tercera edición, también corregida, en 1914.

Esta edición llegó a los 19.000 ejemplares de tiraje; con ello se evidencia el interés que produjo este folleto en los medios de vanguardia y, basándome en una nota del autor, debo decir que todas estas ediciones están agotadas.

En agosto 1914, se declaró la primera guerra mundial. Devaldés se fué a Inglaterra. Refractario, no queriendo jugar el papel de mártir, emigró hacia ese país que debía reconocerle su derecho a la objeción de conciencia.

Fué un insumiso, más que otra cosa, pues los motivos que le guiaban eran de orden puramente individualista. Consideraba que debía salvarse de las consecuencias de todo conflicto que, según él, no era ningún problema que le afectase personalmente. Desaprobaba la guerra y se sustraía a ella por el solo medio a su alcance: la insumisión.

Sin embargo, no omitía el reafirmar, en su folleto «Las razones de mi insumisión» su malthusianismo, y añadía «que teniendo la certeza absoluta, científica, que la causa principal de la guerra es la superpoblación, el desequilibrio entre la población y las subsistencias, no concederé mi apoyo a una sociedad comunista hasta tanto ésta no haya hecho lo necesario para no ser ella misma una causa de guerra: hasta tanto no haya aplicado, en su seno, la limitación de los nacimientos» (pág. 8).

En Inglaterra, fué reconocido como «conscientious objector» y autorizado a residir en el país. Y es así cómo, fechado en Londres, abril 1925, Manuel Devaldés redactó un ensayo de pacifismo científico: «La causa biológica y la prevención de la guerra» (2).

¿Qué dice Devaldés en este estudio? «Antes de ocuparse en combatir inútilmente una plaga, precisa conocer sus causas. Buscar la causa primera de la guerra es, pues, el principio de la prevención de la guerra.» Y he aquí Devaldés embarcado en una exposición científica que le determina, una vez más, a afirmar que el exceso de población es la causa del estallido de una guerra. Llegará hasta escribir que todas las otras causas de guerra derivan de esta causa principal. Esto le apasionaba particularmente. Más aún, añadiré que fué en él un «leit motiv» que se afirma con una constancia ejemplar.

«Se podría proceder al análisis del determinismo de todas las guerras: se descubrirían primero motivos económicos, biológicos después. Y, finalmente, se encontraría el fenómeno del exceso de población como causa primordial de la guerra» (pág. 5).

Su argumentación implacable no perdonaba ninguna divagación metafísica, sentimentalista, patriótica o nacionalista, pues todos estos factores carecen de importancia, son exagerados muchas veces por la necesidad de justificar las malas causas y de excusar los motivos reales que se quieren callar u ocultar a los pueblos.

No nos entretendremos relatando el conjunto de los hechos expuestos por Manuel Devaldés, hechos que ilustran su tesis de forma excelente.

Esta es indiscutiblemente lógica y su razonamiento racional. Sería difícil pretender refutar la sucesión de testimonios que constituyen el fundamento de su exposición. De los tiempos antiguos a la edad moderna, nada ha cambiado. Ayer «el pillaje y la reducción» a esclavitud de los habitantes; en nuestros días, bajo formas más hipócritas o mezcladas con los más inverosímiles complejos, se reencuentran los mismos motivos: «comer y reproducirse sin obstáculos».

Sus citas son numerosas; la selección, sin embargo, extremadamente rigurosa: de Malthus a Herbert Hoover, pasando por C.V. Brysdale, Adelyne More, Teresa Billington-Creig, Eric Schlaikzer, Antón Eystrom, Félix Le Dantec, Gabriel Giraud, todos vienen a reforzar la tesis del pacifismo científico desarrollada por Manuel Devaldés, que escribió: «No puede haber otra suerte de pacifismo».

Tal es el imperativo devaldiano: «Para abolir la guerra, es necesaria la limitación mundial de los nacimientos», prosiguiendo: «La carrera por la población, mejor dicho, por el exceso de población, es tan absurda como la carrera por los armamentos».

De estos aforismos está sembrado el estudio de Devaldés: «La causa biológica y la prevención de la guerra».

Pero no debemos engañarnos sobre la población de tal o cual país, más grande aquí que allá; no es esto lo que debe tenerse en cuenta, sino el saber si «en relación con la producción del suelo de ese país, en subsistencias, hay equilibrio».

Este matiz tiene su importancia: «es porque tal país es, no poblado, sino superpoblado, por lo que ha hecho la guerra».

Es ésta la tesis de su pacifismo científico y es por lo que, en conclusión, Manuel Devaldés llama la atención de todos los que luchan contra la guerra, invitándoles a ser consecuentes; es decir, a propagar la limitación mundial de los nacimientos como primera propaganda a hacer, ya que, según él, «en esta solución reposa la salvación de la humanidad».

Desde 1933, Manuel Devaldés reemprende las exposiciones ya formuladas en los dos folletos precedentes, elaborando otra obra importante, «Crecer y multiplicarse, es la guerra» (3):

La obra estaba adornada de un prefacio elogioso de Víctor Margueritte. Me encontraba en la cárcel cuando tuve el placer de leer este libro precioso entre todos. En aquellos momentos yo pagaba a la sociedad, Estado belga, el crimen de tener una conciencia y de negarme a continuar perteneciendo al ejército.

He pasado horas muy agradables meditando sobre las luminosas verdades afirmadas con una ciencia autorizada en todas las demostraciones de un pacifismo científico, que expone Manuel Devaldés con maestría.

De la ignorancia general de las causas de la guerra nos presenta Devaldés un cuadro real y reencontramos en las páginas de este libro ideas ya desarrolladas en sus escritos precedentes.

El imposible desarme, es el exceso de población, y Devaldés nos lo demuestra perentoriamente.

«Ni el belicista, ni el pacifista ordinario son aptos para aportar la paz al mundo. Es el pacifista científico quien tiene la llave del problema.»

Conformarse a esta enseñanza, es eliminar el temor, el

poder y la mejor manera de conseguirlo es la de defender los intereses de los que poseen, resulta que los días siguientes a los de la revolución son verdaderamente deplorables, debido a que los revolucionarios no han sabido demoler radicalmente dichos intereses.

*

Y es que la opinión corriente, desde hace mucho tiempo, entre los anarquistas, es que es cuestión de perder el tiempo en divagar lo que debe hacerse durante la revolución o después de ella. Considérase que la teoría es ya sobrado suficiente y que hay que pasar a la acción, atizando las cóleras, sublevando los ánimos y predisponiendo a la rebeldía y a la indisciplina el espíritu de los individuos, creyendo que con esto basta para derribar la sociedad burguesa.

Lo hemos visto en Rusia, lo vemos en España, lo seguimos viendo constantemente si continuamos imaginándonos que una revolución, que debe hacerse con elementos decididos, puede hacerse como las revoluciones políticas, bajo la simple guía de un plan de revuelta, donde el rol de los sublevados consiste pura y simplemente en desembarazar el camino a los que saben imponerse.

*

Sé de antemano todas las buenas razones que pueden oponerse: los individuos tienen necesidad de ser secundados; la teoría, con sus razonamientos, es impropia para hacer rebeldes; lo que hace falta, para arrancar de su inercia a la masa, demasiado inclinada a sufrir pasivamente la explotación, es la palabra que azota, la frase que subleva.

Si los anarquistas tuvieran por objeto, en la revolución que se avecina, echar al gobierno para instalarse en su lugar, **hacer** rebeldes es suficiente, puesto que ellos ejecutarán ciegamente lo que se les ordene.

Pero no se trata de eso. En período revolucionario, como en tiempo de propaganda, como en cualquier circunstancia de la vida, los anarquistas, o por mejor decir, los que **saben** y los que tienen más iniciativa, deberán dar el ejemplo para arrastrar a los que tienen necesidad de un impulso para moverse, porque hay que tener presente que tomar la dirección de un movimiento desplegando iniciativa y actividad no es lo mismo que ordenar y agitar.

En el primer caso, si la voluntad de los que son impulsados se halla algo violentada, no es, en realidad, impulsada más que en el sentido que ella misma acepta. Hay que tratar, pues, de que los que sufren el impulso tengan bastante espíritu crítico para no seguir otro camino que el que ellos hubieran escogido; en el segundo caso, cuanto menos razonen mejor.

Y he aquí por que, a pesar de ser mala hora la presente para abogar por la teoría, yo insisto en creer que hay más necesidad de ella ahora que nunca.

Es ya tiempo de no dejarse llevar de las palabras, sino de analizar los hechos y sacar de ellos las enseñanzas que nos proporcionan.

ORIENTACION ANARQUISTA



« Ediciones CENIT »

En Sabadell parece que la insurrección fué durante un día dueña de la villa, pero una vez lograda la victoria no se hizo más que esperar los acontecimientos. Y los acontecimientos fueron la ofensiva de la fuerza armada que había recibido refuerzos.

También en Barcelona parece que la insurrección fué, durante un momento, dueña de la ciudad, pero, sin duda, el incendio de los conventos y las iglesias bastó para agotar la concepción revolucionaria de los rebeldes, pues, una vez hecho esto no se ha sabido hacer otra cosa que esperar la vuelta de la ofensiva de la autoridad.

*

¿Actos que caractericen una revolución económica? Ninguno. Ningún ensayo de realización de las reivindicaciones sociales.

Los anarquistas no hubieran sido escuchados; de acuerdo; pero es que tampoco sabían qué hacer, pues no tuvieron el gesto necesario para hacer que la revuelta se trocara en revolución. Y lo peor de todo es que, esto que se ha producido en España, se reproduciría en Francia (1) si estallase alguna crisis revolucionaria.

Esta teoría ha sido mal comprendida, pues parece que los individuos no saben bien lo que quieren ni sabrían aprovecharse de una victoria si, por casualidad, les viniera a las manos.

*

Ahora bien, cuando se lee con atención la historia de las revoluciones pasadas, obsérvese que las que han hecho algo lo deben exclusivamente al pueblo levantado en armas; pues los nuevos poderes no hicieron otra cosa que sancionar lo que les fué impuesto por los «actos»; saben apoderarse de lo hecho de la misma manera que los políticos saben acapararse las castañas que los rebeldes, tras de sacarlas del fuego, les presentan hasta peladas, pues se dan cuenta que las batallas en las calles y el derrumbamiento del viejo orden de cosas no son más que el prefacio de lo que queda por hacer.

Sin duda alguna, es indispensable hacer desaparecer del camino a los agentes de la autoridad. Hay que luchar contra ellos para evitar tenerlos a nuestra espalda, pues los actos que deben asegurar el triunfo de la revolución no pueden tener efecto sin antes haber desalojado la calle de la policía y del ejército, toda vez que esta medida tiende principalmente a dejar el sitio libre para los que sepan cómo ocuparlo.

La verdadera victoria consiste en que los más hábiles sepan substituir a las autoridades y asegurarse la dirección de las nuevas fuerzas, como todo el ideal de «aprovechadores» es el de gozar del

(2) Y en cualquier otro país pasará lo mismo, si no nos apresuramos a prepararnos; a que cada uno de nosotros sepa de antemano cómo desenvolverse sin dejar de comprender, que según las necesidades del momento, se ampliará o modificará nuestro plan.—N. del G. E.

REBELION Y REVOLUCION

Actualmente tenemos compañeros que hablan exclusivamente de psicología, antropología, química, física, matemáticas, literatura, etc., y se olvidan del pueblo, que no es bachiller, y de la revolución que se ha de hacer por nosotros mismos. ¡Antes del año dos mil.— Carlos Malato.

No dejemos extinguir el último eco de los acontecimientos de Cataluña sin aprovechar las lecciones que de ellos se desprenden.

Tanto de lo que hemos leído como de las conversaciones sostenidas por revolucionarios fugados de Barcelona se deduce que, si bien las causas del aborto del movimiento son numerosas, destácase entre todas la principal, que es la siguiente: el pueblo hallábase pronto para rebelarse—él lo ha demostrado—contra los abusos del poder que sufría, pero no se encontraba preparado para instaurar un nuevo orden de cosas.

Si los republicanos se hubiesen mezclado en la lucha, hubieran podido orientar la revuelta hacia fines que le son propios, pero la acción anarquista les intimidó. Y los anarquistas, rebeldes de sentimientos—pero no de conciencia—una vez finalizada su obra de destrucción no supieron qué hacer de la victoria que, en ciertas localidades, les venía inopinadamente a las manos (1).

(1) La causa principal del porqué los anarquistas no saben aprovechar los momentos favorables es porque creen muchos, que la revolución social deberá de producirse el año 2000 y cuando todo el mundo se halla convencido de la bondad de nuestras ideas. Sin embargo, es un gran error. Fatalmente nos hallamos obligados, por las circunstancias, a hacer la revolución muy pronto y que por lo tanto se impone que cuanto más antes estudiemos los medios más adecuados para salir triunfantes. No hay duda que de la próxima revolución no podrá salir una sociedad anarquista, por cuanto la totalidad de la colectividad no lo es, pero, estando nosotros obligados a intervenir en las próximas luchas, ya para negarnos a ir a una guerra, ya impulsados por cualquier malestar económico (los cuales día a día se acentúan más) o por cualquier otra causa, no podemos a menos que hacer lo posible en aproximar los resultados de la revolución hacia nuestra finalidad, para impedir que los charlatanes de todos los colores políticos engañen una vez más al pueblo, el cual, con su ignorancia, y sugestionado por ellos, nos haría víctima a nosotros también de sus engaños.— N. del G. Editor.

LO INEVITABLE

Decididamente marchamos a pasos de gigante hacia la revolución, hacia una conmoción que, iniciándose en un país, se propague, como en 1848, a todos los países vecinos; agitando la sociedad actual hasta sus entrañas, renovando y fortaleciendo las fuentes de la vida.

Los primeros capítulos de una obra (1) escritos por mí en 1879, hablan de la revolución social como un hecho inminente. El despertar del proletariado que entonces se producía en Francia, después del desastre de la Commune, la extensión que tomaba el movimiento obrero en los países latinos, el arrojé de la juventud rusa y la propaganda rápida que de las ideas socialistas se hacía entonces en Alemania—aunque los germanos hubiesen quedado por largo tiempo refractarios al socialismo francés—y, en fin, las condiciones económicas de Europa, todo hacía prever el próximo estallido de una revolución social.

Revolucionarios y moderados estaban de acuerdo en presagiar que el régimen burgués, conmovido por la revolución de 1848 y por la Commune de París, no habría podido resistir mucho el ataque del proletariado europeo; antes de finalizar el siglo se habría obtenido su derrota. Aquellos mismos que se oponían y combatían nuestra táctica revolucionaria y la reemplazaban por la parlamentaria, no querían estar detrás nuestro y calculaban, con los cómputos de los votantes en mano, que antes del fin de siglo habrían conquistado la mayoría en el parlamento alemán, decretado la expropiación y cumplida la revolución social con la esquila electoral, mucho tiempo antes que los pueblos latinos.

«No obstante—nos dicen hoy, unos quejándose y otros con aire de triunfo—hénos entrados en el siglo veintésimo, y la revolución prometida tarda aún en llegar». Se podría aún decir—según los burgueses, a lo menos—que el triunfo de la burguesía no ha estado nunca tan seguro como ahora.

(1) Kropotkine se refiere a la conocida obra «Palabras de un rebelde», que es una recopilación de artículos publicados por él en el periódico «Le Révolté» de Ginebra. En 1882, mientras estaba preso en Francia, Eliseo Reclus los hizo editar en un volumen.—Nota del traductor.

Parece que los trabajadores hayan perdido la esperanza de una revolución; ellos se contentan con mandar unos pocos representantes al parlamento y esperan obtener así del Estado toda especie de favores. Asimismo, sus demandas no se reducen sino a pequeñísimas concesiones por parte de los explotadores. Cuando más, el trabajador convertido a la democracia socialista, osa volverse un día asalariado del Estado, una especie de pobre funcionario que, al cabo de 25 ó 30 años de trabajo y de sumisión, gozará una pequeña pensión.

En cuanto a las miradas más largas a la revolución que promete tumbar todas las ideas y comenzar una nueva era de civilización; en cuanto a este porvenir de bienestar, de dignidad, de liberación, de igualdad, que el trabajador había entrevisto un día para sus hijos, hoy se dice que no es sino fantasía. Hasta se ha constituido toda una escuela de socialistas que pretenden poseer una ciencia por su cuenta y según la cual quedaría probado que la revolución es un contrasentido.

«¡Disciplina, sumisión a los jefes, y todo lo que se puede hacer por el obrero se hará en el parlamento! Olvidad el fusil, el 1793, el 1848 y el 1871; ayudad a los burgueses a adueñarse de las colonias en Africa y en Asia, explotad con ellos al negro y al chino, y se hará por vosotros todo lo que se pueda... sin perjudicar demasiado al burgués. Pero esto con una condición, una sola: olvidad esa palabra, esa ilusión de la revolución».

*

Y bien; esos señores gritan victoria demasiado pronto. Ante todo nosotros apenas hemos entrado en el veintésimo siglo, y si diez o veinte años representan mucho en la vida del individuo, ellos son pocos y nulos ante los advenimientos históricos. Un suceso de tan inmensa importancia como la revolución social, ¿no requiere acaso que se le acuerde el tiempo de algún año?

No, no nos hemos engañado cuando, veinticinco años hace, veíamos acercarse la revolución social. Hoy ella es tan inevitable como lo era un cuarto de siglo atrás. Solamente debemos reconocer que entonces no sondeábamos toda la profundidad de la reacción a que nos condujeron la derrota de Francia en 1870 y 1871 y el triunfo militar del imperio alemán. No calculamos toda la longitud de la tregua que debía determinarse en el movimiento revolucionario europeo a continuación de aquella derrota y de aquella victoria.

Si la guerra de 1870-71 hubiera debilitado simplemente la potencia militar de Francia y Alemania juntas, esto habría sido sin consecuencias, o con consecuencias favorables para el desenvolvimiento revolucionario. Pero la guerra nos condujo mucho más lejos: por treinta años ella había paralizado la Francia.

Con Metz, a dos o tres horas de París, sin fortaleza alguna, pero con campo atrincherado, del que medio millón de hombres—perfectamente equipados hasta con el más pequeño utillaje de artillería—

insurrecciones de los trabajadores del campo; en las ciudades con las de los trabajadores de la industria.

Únicamente después de haber trastornado y debilitado el gobierno del Estado y sus cimientos morales, comenzarán a extenderse y precisarse en las masas las ideas anárquico-comunistas. Únicamente entonces, apartados o inutilizados los primeros obstáculos, la vida presenta los grandes problemas de la igualdad económica; entonces, y únicamente entonces, excitados los ánimos por los acontecimientos, se lanzan a la destrucción de las viejas formas y a la construcción de las nuevas relaciones. Entonces, y jamás en condiciones diferentes, la Anarquía y el Comunismo se impondrán como soluciones inevitables.

Entonces comenzará la Revolución que representa nuestras aspiraciones, la que responde más o menos a nuestro anhelo.

¡No perdamos, pues, las ocasiones que nos ofrece el pueblo de preparar esta Revolución y de llevarla a término feliz! ¡Basta ya de adormideras!

Pedro Kropotkin.

Londres, 20 de julio 1910.

burgueses oportunistas, y consideraron como imperioso deber unirse al pueblo para participar en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en dejar que se constituyera un gobierno de la *Commune* (lo que no pudieron evitar, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría), sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles a la revolución popular. Su deber consistía en permanecer en la calle, en sus barrios, con el pueblo; en pensar con el pueblo en su alimentación, en su manera de procurarse recurso de subsistencia, en la defensa de la población, en *continuar siendo pueblo*, en vivir con los pobres, en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en *reconstruir con ellos la vida social*, evidentemente contra el gobierno, que representaba la burguesía jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable, que invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la *Commune* hubiera sido vencida. Tal es el terrible inconveniente de todo movimiento revolucionario comenzado después de una guerra desgraciada, inconveniente que no se hubiera presentado si los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estalle después de una guerra desastrosa tendrá siempre todas las probabilidades de ser vencida.

Pero, aun vencida, la *Commune* hubiera legado a la posteridad la revolución comunista, además de la revolución comunalista o cantonalista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución comunista, habría que renunciar a la posibilidad de una Revolución, porque para ello habría necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicán contra las insurrecciones locales: saben que las primeras insurrecciones trastornarían al gobierno, pero saben también que llegado el caso, el pueblo sale a la calle, es decir, los proletarios «indisciplinados» que impulsan a la igualdad «de hecho». Y si las insurrecciones se hacen en masa en una nación, las ideas comunistas se precisarán necesariamente durante la tormenta por la enseñanza de los hechos reales, y si la Revolución dura, esas mismas ideas acabarán por imponerse.

Pero precisamente eso es lo que los tales arribistas no quieren:

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicán condones.—«¡Ya veremos después!»—dicen.

¡Pues no! Aunque los revolucionarios perezcan en las primeras insurrecciones populares, su deber consiste en no permanecer indiferentes. Si ansían con amor y convicción el fin, el objetivo de la revolución, estarán con el pueblo en el terreno: en provincias con las

ria—podían ser lanzados sobre la capital, veinticuatro horas después, y mejor antes, de una declaración de guerra; con la triple y luego la cuádruple alianza, lista para hacer pedazos la Francia—y este peligro no ha cesado de estar suspendido sobre ella hasta estos últimos años—; con la mejor flor de la juventud francesa diezmada, ya a los campos de batalla, ya en el empedrado de París; en esas condiciones, ¿cómo no iba a atravesar Francia un cuarto siglo de militarismo, no estar sometida a Roma por temor a una guerra intestina y no entusiasmarse ciegamente por la alianza franco-rusa? ¡Era inevitable, fatal!

Y si volvemos un poco atrás la mirada, nosotros—que hemos combatido día a día el clericalismo y el militarismo, el cesarismo y el boulangismo—no podemos sino admirar y maravillarnos de una cosa: de que Francia haya sabido atravesar su funesto periodo histórico sin entregarse a un nuevo César.

Si la aventura boulangista, sostenida por la potencia de los banqueros anglo-americanos, por los clericales y los realistas de Europa entera, ha concluido a pesar de todo tan miserablemente; si Francia no se convirtió en clerical, mientras Inglaterra en cambio se «catoliquiza» y Alemania parece querer seguirla en su vía; si vemos, en fin, a Francia, después de tantos años hoscos de amenazas, volviendo en sí, renaciendo a la vida y dando al mundo la bella y joven generación de hoy que le hace recuperar el puesto correspondiente en el movimiento de renovación de la civilización, todo esto sobrevino porque la fuerza de la corriente revolucionaria ha sido mucho más poderosa y enérgica de cuanto pareció a los que no ven sino la superficie de los acontecimientos.

¡Que se arroje cuanto se quiera el anatema a los revolucionarios más ardientes—sobre todo a los anarquistas que supieron reelevar alta la bandera roja, tener a Francia alarmada y alguna vez eliminar de la arena política a quienes tenían el puesto caliente para otros reaccionarios, más francos aún en su reacción—que los maldigan hasta que quieran! La historia dirá que debemos a su energía, a la agitación que ellos nutrieron con la propia sangre, el haber mantenido atrás la reacción. La verdad es que el partido revolucionario, aunque débil numéricamente, ha debido desplegar una energía inmensa, desesperada, para meter freno a la reacción de adentro y de afuera. Ciertamente, nosotros no exageramos esta fuerza; pero, ¿dónde estaríamos hoy sin ella?

El mismo pensamiento se adapta, palabra a palabra, a España y a Italia. ¿Quién de nosotros habría osado prever que en España se procuraría introducir de nuevo las torturas de la Inquisición contra los obreros rebeldes? ¿Quién habría imaginado los estragos de la ametralladora en Milán? Sin embargo, todo esto se ha hecho; pero ha sido una simple tentativa, puesto que la respuesta de los trabajadores pronto supo reconducir a esos «rabiosos» al raciocinio.

*

Solamente hoy podemos comprender la tregua del movimiento en seguida de la guerra franco-alemana. Y la consecuencia más desastrosa de las derrotas de 1870-71, fué el **debilitamiento intelectual** de Francia.

La necesidad de preservar ante todo su existencia, en la cual fué colocada la nación francesa, su genio popular, su influencia civilizadora, su **existencia como nación**, paralizó el pensamiento revolucionario. La idea de una insurrección evocaba la de una guerra civil que sería domada por los cañones del extranjero, acudido para ayudar y recobrar el orden burgués. Por otra parte, todo lo que en Francia había habido de más enérgico, de más ardiente y afecto, toda una generación había perecido en la gran lucha que comenzó en el sitio de París. Entera, una joven generación de revolucionarios atraídos hacia París bajo el Imperio, había perecido en las masacres a la caída de la Commune. La vida intelectual de toda Francia se resintió; ella se dobló, se ablandó, cayó en las manos de los impotentes, de los enfermos y pusilánimes.

Tal achataamiento de Francia significó el achataamiento, no sólo de una nación que había caminado a la cabeza de la civilización, sino de todo un período histórico vivido en Europa desde 1848 a 1870. Europa volvía al 1849, al 1830. Alemania, victoriosa, acaparaba la dirección intelectual pertenecida hasta entonces a Francia y en parte a Italia. Pero si Alemania había dado al mundo cierto número de pensadores, de poetas y científicos, ella no tenía ningún pasado revolucionario, y en su desarrollo político y social se encontraba en el punto en que estaba Francia bajo Luis Felipe. El gobierno representativo, introducido en aquélla en 1871, tenía para ella novedad atractiva; y si tenía en Witling y sus continuadores algún comunista ardiente casi siempre prófugo, su movimiento socialista era completamente importado, y por tal razón debía pasar por las mismas fases atravesadas por el socialismo en Francia: el de Estado de Luis Blanc y el colectivismo estatal que Pecquer y Vidal habían formulado para la república de 1848.

De tal modo, el espíritu de Europa se empequeñeció. También el socialismo, marchando atrás, volvíase al Estado capitalista de Blanc, perdiendo así la claridad y la simplicidad que le diera el espíritu latino; él tomó, además, un carácter centralizador, hostil al temple latino, que le fué impuesto por el espíritu alemán, para el cual la unión de los pequeños estados germanos en un solo imperio fué el sueño dominante en el curso de treinta años.

*

Muchas otras causas podríamos mencionar aún para explicar la fuerza de la reacción. Una de ellas es la extensión colonial.

Hoy día la burguesía se enriquece no solamente con el trabajo de los obreros de su país; aprovechando la facilidad de los transportes internacionales, ella tiene esclavos y siervos por doquiera: en el Asia

La monarquía, la comedia ritual, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por las capitalistas, el hambre popular, el fusilamiento de huelguistas, los furores del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 a 1830, del terror azul de la Commune, o del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado treguas en cuanto han visto en la calle los andrajos del hombre con la pica de 1789, la bandera roja de la insurrección proletaria, la hoz atada a la punta de un palo y las caras lívidas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener a los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, jesuítica y traidora: «¡No hagáis movimientos inconscientes!», con la cual conducen a los proletarios alemanes y tratan actualmente de conducir a los proletarios revolucionarios de los países latinos.

¿Quién más que nosotros ha contribuido a esparcir entre los trabajadores la conciencia clara y reflexiva del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que la fracción anarquista de la Internacional, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre el hecho de que la burguesía dominará siempre hasta que el obrero sepa lo que quiere obtener de la Revolución?

Más, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarle en un día.

Precisamente porque sabemos que un **motín** puede hacerse en un día y cambiar de gobierno y que una **Revolución** necesita tres o cuatro años de tormenta revolucionaria para llegar a un resultado tangible, a un cambio serio, durable, en la distribución de las **fuerzas económicas** de una nación: precisamente por eso decimos a los trabajadores:

Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la máquina del gobierno, detenerla, romperla. Y es necesario obrar así para hacer posible los desarrollos sucesivos de la Revolución.

Considérese la Commune de París: Varlin, el amigo de los bakounistas de entonces, hizo perfectamente acudiendo al primer rumor de su insurrección del 18 de marzo, con los amigos de su batallón, al Hotel de Ville. Los revolucionarios de París hicieron muy bien en lanzarse a aquel movimiento, aun cuando la gran masa de los que empuñaban el fusil no tenían conciencia del carácter **comunista** que podía tomar el movimiento republicano **comunalista** que iniciaban para asegurar la independencia de París.

Sentían que debían unirse a ese movimiento. El pueblo estaba en la calle amotinado contra Thiers, Ferry y toda la pandilla de

INSURRECCIONES Y REVOLUCION

La historia nos demuestra que los que fueron minoría la víspera de la revolución, fueron al día siguiente fuerza predominante.

Se necesitan insurrecciones locales. Se necesitan en gran número. Hasta es necesario que se creen ciudades y pueblos agrícolas que tengan la tradición de las insurrecciones, para que un día sea posible una Revolución. Hasta cuando una revolución ha comenzado, como sucedió en Rusia en 1905, es necesario que continúe la serie de insurrecciones en las ciudades y sobre todo el levantamiento de campesinos en grandes extensiones de territorio, para que la Revolución tenga el tiempo y la posibilidad de desarrollarse.

Ahí está la historia, toda la historia, para probarlo. Y si los directores del movimiento actual—intelectuales y arribistas obreros—, dicen lo contrario, es porque no quieren la Revolución. La temen. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1789 detestaban a los hombres armados con picas.

Pero sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende: para que haya Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas de donde generalmente viene la acción revolucionaria. Cuando esos sentimientos existen y son capaces de traducirse por actos, los motines locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministra una prueba más, unida a las numerosas que ofrece la historia. Se necesitó que el furor anticlerical se tradujera por actos de violencia, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para sacudir el yugo de Roma.

*

Cuando los arribistas políticos, burgueses y obreros, hablan contra las insurrecciones populares, so pretexto de que son inconscientes, débese a que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

Menor, en Africa, en las Indias, en China. Los tributarios son todos los estados retardados. Las burguesías de Inglaterra, de Francia, de Holanda y de Bélgica tórnase más y más en usureras del mundo entero, viviendo de cupones de renta. Estados completos son sometidos al destrozo de los banqueros de Londres, París, Nueva York, Amsterdam. Ejemplos son Grecia, Egipto, Turquía, China; y en cuanto al Japón, se le está preparando la misma suerte, prestando al costoso aliado ruso al 6 o al 7 por ciento y aceptando hipotecas sobre sus entradas aduaneras.

En esta forma se puede hacer alguna concesión al obrero europeo: el Estado dará de comer a los muchachos de las escuelas, algún franco de pensión a los obreros que hayan pasado los sesenta años de edad, en vista de que ellos ayudan a los burgueses en conquistar nuevos siervos y hacer estados vasallos de la Bolsa, en Asia y en Africa.

En fin, es menester hacer alusión a los esfuerzos otro tanto contra-revolucionarios efectuados por todas las iglesias cristianas, ejercidos sobre todo desde Roma, para embarazar e impedir por todos los medios la revolución cuya marea se veía subiendo.

El asalto dado al materialismo, la campaña desarrollada con habilidad contra la ciencia en general, la inclusión en el índice de hombres y de obras, practicada tan asiduamente por tantas ligas mundanas, políticas y religiosas, todo esto debía ser mencionado para dar una idea de la inmensa organización contra-revolucionaria que fué impulsada para combatir la revolución. Pero todo esto no es sino secundario frente al factor dominante, mencionado más arriba: el achatamiento de Francia, su momentáneo agotamiento y la dominación intelectual de Alemania que, a pesar de las cualidades admirables de su genio y de su pueblo, se encontraba, por causa de su situación geográfica y de todo su pasado, de treinta a cuarenta años más atrás que Francia.

Así fué retardada la revolución. Pero, ¿es ésta una razón para decir que está eludida para siempre? Nada podría ser más contrario a la verdad y absurdo que semejante afirmación.

Un fenómeno impresionante acaeció en el desarrollo del movimiento socialista. Como se decía en otras ocasiones de las enfermedades inflamatorias, él se fué para dentro. Le han sido aplicados tantos remedios externos para matarlo, que reentró en el organismo, y se encuentra de nuevo en estado latente. El trabajador vota, sigue las banderas de las demostraciones políticas, mas el pensamiento suyo está en otra parte. «No está todo aquí—él se dice—; esto no pasa de decoración exterior.» En cuanto a la parte interior, a la sustancia—considera—está por pronunciarse. Y entre tanto constituye sus uniones de oficio, internacionales, por encima de las fronteras. «¡Desconfiad de estos hombres!—decían los miembros de una Comisión nombrada por uno de los Estados de Canadá, pocos días hace.—Desconfiad: los trabajadores piensan en adueñarse un día, con esas uniones federadas, de un Estado americano, y en proclamar la revolución

y expropiar, sin compensación alguna, todo lo que crean necesario para vivir y trabajar.»

«Sí, indudablemente, ellos votan, os obedecen—dicen los burgueses germanos a los jefes del partido socialista democrático,—pero no confiéis demasiado. Ellos tumbarán también al gobierno de la revolución y a vosotros, si no os convertís en mucho más revolucionarios de lo que hoy sois. ¡Que suceda la mínima revolución, y el partido más avanzado será el que os ganará de mano y os obligará a caminar! Ahora sois sus jefes, mañana debéis seguirlos!».

Y por todas partes los mismos signos de los tiempos se imponen a nuestra atención. El trabajador vota, realiza demostraciones por falta de mejores cosas; mas en el universo entero, otro movimiento, muchísimo más serio, se prepara y madura sin rumor. Blanqui dijo un día que había en París 50.000 hombres, obreros que no iban nunca a ninguna reunión ni pertenecían a sociedades, pero que al llegar el día saldrían a la calle, combatirían y harían la revolución. Igual cosa nos parece que se puede decir hoy por los trabajadores de todo el mundo.

Tienen su idea, una idea propia, y por hacerle tomar cuerpo ellos trabajarán con ardor. No hablan siquiera; se comprenden, sin embargo. Saben que de un modo u otro, un día habrá que poner al hombro la carabina y presentar batalla a la burguesía. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿A propósito de cuál advenimiento? ¡Quién sabe! Pero el día vendrá; no está lejano. Todavía algún año de esfuerzos y la idea de la huelga general habrá hecho su jira por el mundo, penetrado en todas partes, encontrando adherentes, entusiasmos...

¿Y entonces? Entonces, con la ayuda de ésta o aquella circunstancia, se llegará al quid de la cuestión. Y *ça ira*.

Ça ira, et l'on dansera, y haremos bailar todo con nosotros para inaugurar el nuevo mundo. ¡Nuestros enemigos creían haber encerrado también nuestros sueños! Y aun nuestros amigos se preguntaban si por ventura el sepelio no se hubiese logrado... cuando he aquí que la idea, siempre igual, aquella que hacía latir nuestros corazones treinta años hace, resucita más viva, más bella que nunca: la expropiación como fin, la huelga general como medio de paralizar la vida burguesa en todos los países a un tiempo (1).

(2) Como el concepto que se tiene de «la huelga general» es variado, creemos de necesidad ampliarlo con un pensamiento de E. Malatesta que refleja a la vez fielmente el modo de pensar del grupo editor; dice así. «Se ha dicho a menudo que con la huelga general los obreros podrán obligar a los burgueses a que cedan. Es un enorme absurdo. Los obreros se habrían muerto hace tiempo de hambre antes de que los burgueses, que disponen de todos los productos acumulados, comenzaran a sufrir seriamente. El obrero, que nada posee, no recibiendo ya su salario, deberá apoderarse a viva fuerza de los productos, y se topará con la guardia civil, los soldados y los mismos burgueses, que querrán impedirle, y entonces la cuestión deberá resolverse pronto a tiros. La victoria pertenecerá al que ha sabido ser más fuerte. Preparémonos, pues, para esta lucha necesaria antes que limitarnos a predicar la huelga general como una especie de panacea

Pero entonces ¿es la revolución social? ¿Es ella la expresión misma del pueblo, de los «bajos fondos», en que todas las grandes ideas han germinado siempre, y cuando una era necesaria para regenerar el mundo?

Sí; es la revolución social. Preparáos para hacerla del aliento dar sus frutos, sembrar todas aquellas grandes ideas que os hacen palpitar el corazón y que empujan al orbe.

Pedro Kropotkin.

que resuelve todas las dificultades. Por consiguiente, aun como modo de comenzar la revolución, la huelga general no podrá emplearse sino de manera bastante relativa.

Los servicios de alimentación, incluyendo, naturalmente, los del transporte, de los géneros alimenticios, no admiten una interrupción muy larga; precisa, por lo tanto, apoderarse revolucionariamente de los medios para asegurar el abastecimiento, aun antes de que la huelga por sí misma se haya transformado en insurrección.

Mejor que dejar de trabajar por completo, es preferible que los obreros comiencen a trabajar para sí, porque de no hacerlo, como ya dije antes, pronto escasearían los productos, y aunque nos apoderemos de todos los productos acumulados en manos de la burguesía en el momento de la revolución, éstos terminarían muy pronto.

Por lo tanto hay que pensar en ordenar la producción antes y no después de la revolución».

armamento, la guerra, ya que la ley de población es formal: «O la guerra, o la limitación de los nacimientos».

Devaldés explica lo que él entiende por exceso de población, que, según él, «es el estado de un territorio donde la población ha sobrepasado el nivel que le es asignado por sus disponibilidades en substancias».

Hélo aquí definiendo la nación normal: «una sociedad donde el equilibrio reina entre la población y las subsistencias».

Un capítulo sobre «El determinismo de la guerra», seguido de otro tratando de «Locura del número, frenesí industrial y horror de la limitación», conducirá a Manuel Devaldés a decir: «Cómo nace la hostilidad internacional». Es lo que él llama «El determinismo psicológico colectivo que finaliza en la hostilidad internacional». Toda otra serie de capítulos de su libro señalarán el estado mental del superpoblador y del belicista. Mediante un examen a fondo de los países nuevos y de los países saturados de material humano, de los que harán gran uso los responsables de la guerra, Manuel Devaldés denuncia con vehemencia los preparativos bélicos.

«Un arsenal de referencias autorizadas y de claras estadísticas», escribió Víctor Margueritte, en el prefacio del libro, completan la exposición científica. Es leyendo los capítulos en los que ellas están consignadas: «El exceso de población en Europa antes de la guerra 1914-1918», «La guerra de 1914-1918 y el exceso de población en Alemania», «La Italia superpoblada en marcha hacia la guerra», «El exceso de población asiático y los conflictos del Pacífico», como se descubre toda la importancia de los materiales que Manuel Desvaldés pone a nuestra disposición para ilustrarnos a fondo. A ello añadirá todavía la colonización y la eliminación de las razas atrasadas.

Todo esto le llevará a establecer las bases sólidas de su pacifismo científico, pues esta carrera hacia el exceso de población mundial es pura locura: «Precisa poner a ello un límite».

Esta sobrepoblación es, y sigue siendo, para Devaldés, la causa primordial de la guerra y él formula el remedio con laconismo sorprendente: «Ya que la causa de la guerra es «demasiados hijos», su remedio es «menos hijos».

¿Cuestión de derecho, diréis, derecho de reproducirse y derecho de vivir? Sin duda, y aquí el problema choca con dificultades innumerables. Las ideologías humanas imaginadas para el bien y para la felicidad, son frecuentemente de efectos platónicos cuando ellas se estrellan contra los intereses, los egoísmos; cuando ellas contrarían el amor propio e incluso simplemente el yo autoritario de algunos.

Coacción o enseñanza, rutina o libertad, la elección de los métodos para nosotros no es discutible. Pero, ¿cómo llegar a hacer entrar en caletre de los pueblos estas verdades elementales, primordiales? ¿Quiere incluso la paz este pueblo indiferente y cobarde en ciertas horas de su vida?

Una elección se impone a los hombres, sin embargo, si quieren vivir, ya que, si, como ha escrito Félix Le Dantec en su libro «El egoísmo, sola base de toda sociedad», «la muerte de cierto número de individuos es indispensable para la vida de los otros», esta regla científica debe llevar

al mundo a reflexionar sobre los alcances de su propia vida en sociedad. La sola esperanza dejada al pueblo, es el pacifismo científico el que la aporta.

En uno de los últimos capítulos de «Crecer y multiplicarse, es la guerra», Manuel Devaldés examina lo que él llama las ilusiones pacifistas. Estas son numerosas, desde la organización militar del Estado, que quisiera inspirar el temor más allá de las fronteras nacionales, a la que los pacifistas coaligados podrían responder, en caso de guerra, por la insurrección, a fin de impedir el estallido de esta guerra, pasando por la Sociedad de las Naciones—la O.N.U. de nuestros días—que es incapaz de jugar un papel preventivo en todos los preparativos de la guerra.

«Todos sabemos que los medios de paz del Estado, lo mismo si se trata de los armamentos o de la diplomacia, terminan tarde o temprano por servir para hacer la guerra que tenían la finalidad de evitar», dice Devaldés. «No hablemos más de ello continúa, pero examinemos los medios insurreccionales.»

Reconozcamos que, en los medios que preconizan los socialistas—hoy día partidarios de la Defensa Nacional—; los comunistas—defensores del Ejército Rojo—; los sindicalistas, tributarios o a remolque de los partidos políticos y casi integrados en los rodajes del Estado, no podemos poner muchas esperanzas.

Sus concepciones místicas de lucha contra la guerra les habían ya eliminado como opositores a los desencadenamientos de conflictos. «Ignoramos la causa primordial de la guerra, ignoran en consecuencia los medios de prevenirla».

La grandilocuencia de sus discursos revela, por lo demás, la impotencia de su acción, cuando no son las intenciones de la traición.

Retóricos sin grandeza, colocados al pie del muro, permanecen sumisos a los imperativos de la guerra.

¡Antes la insurrección que la guerra! ¡Ah, sí, conocemos esta fórmula y su lamentable realidad ante el obstáculo!...

Esta consigna, como esa otra lanzada por los sindicalistas: «Ni un céntimo; ni un hombre para el militarismo», todo esto se ha abandonado ya, se ha renegado; han entrado ya en los rangos y se ayuda, se sostiene, se consolida al Estado vuelto paternal por medio de las alocaciones para el paro forzoso, las pensiones, las leyes llamadas sociales que el pueblo paga con su propio dinero en los precios de coste de todo lo que consume, de todo lo que utiliza durante toda su vida.

Hay una verdad innegable. Y es la de que no se detiene a la guerra en el umbral de su declaración. Lo que precisa, es preparar esta resistencia en tiempo de paz, organizar la lucha ante toda preparación de guerra.

HEM DAY

Trad.: F. M.
(Terminará.)

- (1) «La carne de cañón», pág. 9.
- (2) Ediciones «La Brochure Mensuelle», núm. 53. Septiembre 1925.
- (3) París: Ed. Mignolet y Storg; núm. 12, 318 pág.

LA HISTORIA TRISTE DE MIS LIBROS



RES pasiones me han dominado en la vida: el amor a los libros o sea el amor a la cultura; el amor a mis ideales o sea el amor a mis semejantes; y el amor a las bellezas de la Naturaleza, como la contemplación de los crepúsculos, las montañas, los bosques, las selvas, las cavernas, los ríos, los arroyos, los animales, las plantas, los astros... Esta última pasión se entibia a veces cuando contemplo la Naturaleza ajena al dolor de los seres y entonces, en vez de madre amantísima, me parece madrastra cruel.

En mi familia encontré las mayores facilidades para desarrollar mis aficiones, pues amaban la cultura, la belleza y a sus semejantes. Mi hermano mayor era muy parecido a mi en su manera de conducirse y de pensar, así que no hice en mis primeros años más que colaborar en su obra. Poseía una biblioteca de libros escogidos, clásicos y modernos, que yo leía con placer, interrogándole acerca de las ideas que no estaban al alcance de mis cortos años. Entre otros libros que leía entonces, recuerdo a los autores siguientes: Cervantes, Feijóo, Calderón, Lope de Vega, Quevedo, Espronceda, Duque de Rivas, Zorrilla, Bécquer, Carolina Coronado, Rosario Acuña, Fernán Caballero, Bartrina, Curros Enríquez, Pérez Galdós, Pi y Margall, Fernando Garrido, Zola, Víctor Hugo, Heine, Schiller, Goethe, Bugner, Shakespeare, Milton, Darwin, Homero, Horacio, Virgilio, Lucrecio...

También me aprendía de memoria las poesías que más me gustaban, entre las que recuerdo «El Rey de los Alamos», de Goethe; Roncesvalles, de Ruiz Aguilera; y varias rimas de Bécquer y de Heine.

Nuestros buenos padres se complacían al contemplarnos tan aplicados y nos repetían con frecuencia: «Para instruiros pedirnos lo que tenemos, que lo daremos con gusto». Así que llegaban a menudo a casa pedidos de libros que nos repartíamos entre ambos, pues yo empezaba a formar mi biblioteca aparte en un estante que me había procurado.

Además recibíamos y propagábamos los periódicos de ideas avanzadas que se publicaban en aquella época, como «Las Dominicales», «El Motín», «El Cencerro», «Justicia», «El País», «Don Quijote», «El Productor»... También estábamos suscritos a un periódico bisemanal de folletines, con novelas de Dumas, Eugenio Sué, Fernández y González, About, etc. Este periódico nos entretenía mucho, pues cortábamos las novelas y las encuadernábamos a nuestro gusto.

Todas las tardes nos íbamos a leer a un bello lugar campestre, en los alrededores de la población, y después de la lectura, nos ejercitamos de tiro al blanco, sirviéndonos de

piedras como proyectil. En este pugilato nos ganábamos los libros que llegaban a casa. Nuestra pantería llegó a ser tan exacta, que una tarde imitando a Guillermo Tell me quitó mi hermano una manzana de la cabeza, tirando con un pequeño terrón de tierra.

Una vez en Sevilla, visitaba todas las semanas un mercado de objetos usados, llamado el «Jueves». No faltaban los libros viejos, casi todos de asuntos religiosos, sin mérito alguno. Uno de los libros que allí encontré era de Walter Scott y tenía por título: «Los puritanos de Escocia», que entonces me agradó mucho, y que después he intentado volver a leerlo, pero nunca lo he encontrado, ni en las obras completas del autor inglés. Sospecho que el libro fué traducido con otro título que llevaba en la edición inglesa. Pero el mejor encuentro que allí tuve fueron unos libros que trataban sobre la Revolución francesa, algunos escritos por Marat. El coleccionador de aquellos libros parece que fué un francés que vivió y murió en Sevilla.

En Sevilla había por entonces dos o tres librerías bastante surtidas, sobre todo en libros de textos y literatura. Las librerías de lance que se encontraban en el «Jueves» vendían muy caro, y eran tiendas poco limpias y los volúmenes colocados en desorden.

Había dos bibliotecas públicas, la biblioteca Colombina y la biblioteca de los Amigos del País.

La sociedad de los Amigos del País tenía un hermoso local en una calle céntrica y su misión era la cultura del pueblo. Se daban cursos de diferentes materias de asuntos comerciales, y de noche acudían muchos jóvenes de ambos sexos. Pero lo que allí me llevaba era la biblioteca pública, que se abría dos horas por la noche, y estaba muy concurrida, en un espacioso salón. Siendo un niño, entre otros libros, leí los «Viajes alrededor del mundo», de Santiago Aragón, y las obras completas de Julio Verne.

En cuanto a la célebre «Biblioteca Colombina», era una maravilla. Estaba colocada en un departamento de la Catedral y sus ventanas daban al hermoso patio de los naranjos. La luz verdosa que penetraba en el local, y el aroma de los naranjos, le daba el aspecto de una mansión de ensueños. Allí pasaba los días enteros, unas veces soñando y otras leyendo los poetas de la Escuela sevillana. El local era muy pulcro y los libros muy bien empastados. Con frecuencia llegaban americanos que copiaban manuscritos y recogían datos históricos.

A mi llegada a Madrid lo primero que hice es darme cuenta de las librerías que había, nuevas y de lance, poco numerosas, que visitaba con frecuencia. En ciertas épocas del año había ferias de libros y de ellas no faltaba todos los días.

Algunas veces visitaba la Biblioteca Nacional y pude observar que había libros mutilados por bárbaros lectores; esto no lo he observado más que en aquella biblioteca. En una ocasión, un empleado se negó a entregarme un libro que le pedía, con el pretexto de que era una de entretenimiento, y como yo insistiera, me dijo con arrogancia que si me atrevía a enfrentarme con Menéndez Pelayo, Director de la biblioteca. Pasé una nota a éste diciéndole que estudiaba seriamente la literatura de entretenimiento, entre la que se encontraba el libro que yo pedía, y que tendría mucho gusto en hablar con él sobre el asunto. No me recibió, pero quedó conforme y ordenó que me entregasen los libros que pidiera, aunque fuesen de los llamados de entretenimientos.

Cuando tuve que escapar de Madrid, dejé detrás los libros que allí tenía, y mi hermana recogió algunos, los que no se llevó la policía.

En París encontré un campo abonado para el desarrollo de mis aficiones. El primer día que llegué fui a visitar la Plaza de la Bastilla, en memoria de la gran Revolución, y después las numerosas librerías que allí habían. No pasaba un día sin dejar de visitar la ribera izquierda del Sena en busca de libros viejos que había en abundancia, donde hice muy buenas compras. Como iba recomendado por Salmerón García a M. Paulin, gerente de la casa editorial Elcan, compré numerosos libros de medicina, filosofía y sociología, además de los muchos que me regalaron. Así que al poco tiempo de residir en París contaba con una buena biblioteca de libros escogidos.

Poco después tuvo un grave contratiempo: un día se presentó la policía en mi habitación, hizo un registro minucioso, se llevó todos los libros que había reunido, las revistas y las cartas, y yo fui detenido y conducido a la Prefectura, donde se me comunicó la orden de mi expulsión de Francia.

Mis amigos Benjamín Harvey y Amilcare Cipriani, enterados en aquel momento de lo que me ocurrió, me presentaron a Francis de Presenssé, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, y a Combes, presidente del Consejo de ministros, los que calificaron de un atropello inculcable lo ocurrido y gracias a su intervención quedó anulada la orden de expulsión, pero a pesar de los esfuerzos que hice, mis libros y documentos no me fueron devueltos, perdiendo a aquellos objetos de tanto valor para mí.

No me desanimé por este despojo de mis libros y continué con más bríos en busca de otros, y encontré tantos que llenaban casi todo mi dormitorio. En un pequeño departamento que me servía como ropero, fui amontonando los periódicos y revistas hasta llenarlos hasta el techo. Paul Robin me había regalado una valiosa colección de periódicos publicados durante la época de la Internacional de Trabajadores, que yo guardaba como un tesoro. Pero con motivo del atentado de la rue Rohan, todos mis libros, periódicos y documentos fueron recogidos por la policía, y aunque quedé absuelto en aquel proceso y los reclamó mi abogado, el procurador general M. Bulov se negó a entregarlos con el pretexto de que algún día podría servirse de ellos si se revisara el proceso.

Los seis meses que estuve detenido en la Santé y en la Conciergerie, antes de la vista del proceso, a fuerza de reclamar, y habiendo leído los libros que allí habían, me proporcionaron, por un favor especial, cuantos libros pedía, que me buscaban en el acto. Así que leía de día y de noche, por tener siempre luz encendida, sacando numerosas notas de mis lecturas. Puede decirse que leí todas las obras de la

literatura francesa y por segunda vez las de Víctor Hugo. Pero las que más me interesaron fueron las Obras completas de Séneca, en francés y latín, y creo que la traducción era de Lagrange. En la Conciergerie hacía tanto frío que para entrar en calor me sentaba sobre el estufa casi apagada y allí pasaba el tiempo leyendo los clásicos franceses del teatro: Corneille, Racine y Molière. Y cuando salí expulsado de Francia por tercera vez, en 1906, con el motivo de la anunciada huelga general, no pude llevarme otra cosa que las manos en el bolsillo, y mis libros quedaron perdidos para siempre.

En Londres encontré el paraíso de los libros, con sus numerosas librerías de nuevo y de lance. En Charing-Cross, en el centro de la ciudad, había muy buenas librerías y en ellas se encontraban libros nuevos y viejos. En Farringdon street se colocaban todos los días una larga fila de mesas cargadas de libros viejos, donde tuve buenos encuentros. Pero el sitio de elección era el llamado Castle Market, un mercado de animales, que un día por semana, los miércoles, se convertía en un verdadero bazar donde se vendía de todo. Recuerdo que un día compré un esqueleto humano y un crucifijo antiguo. Los libros se dividían en dos grupos, según su tamaño; los mayores se vendían a 10 céntimos y los menores a 5 céntimos. Allí encontré muchos libros antiguos de mérito, entre otros un manuscrito de Antonio Pérez, el secretario de Felipe II, con el título de «Máximas Políticas», escrito, según creo, por recomendación de Enrique IV de Francia. También hice la compra de las Memorias de Letude, el prisionero de la Bastilla, con cubierta de pergamino, y una edición completa de las obras de Tomás Paine. Allí me hice de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira, a 10 céntimos el volumen.

Un día llegó a Londres un profesor de la Universidad de Tokio con la misión de comprar todos los libros viejos de matemáticas que encontrase. Alguien me lo recomendó para que le ayudase en su tarea, como experto en la busca de libros. Como era verano y tenía tiempo de sobra, acepté gustoso mi intervención. El Castle Market fué el lugar escogido para nuestras compras, aunque los días que no se reunía ese mercado, recorriamos otros lugares haciendo buenas adquisiciones. En el Castle Market nos pasábamos casi todo el día recorriendo los montones de libros y examinándolos uno por uno. Al final de la jornada teníamos apartado dos cargas de libros, una de matemáticas para el japonés, y otra de diferentes sujetos para mí, y en un coche los llevábamos a nuestro domicilio. Nunca consintió el japonés, a pesar de los esfuerzos que hice, que yo pagara el valor de mis libros, porque decía con razón que su gobierno tenía más dinero que yo y en nada podía gastarlo mejor.

Fueron tantos los libros que amontoné en aquel piso que ocupaba en Mornington Square, que la propietaria de la casa, que iba a cobrar la renta todas las semanas, me rogaba que no llevase más libros no fuera a hundirse el suelo de la habitación, tratándose de una casa vieja y poco resistente.

Un aliado en la compra de libros era Benjamín Harvey, hombre notable bajo todos conceptos. Estuvo preso en París con Malato y conmigo, con motivo de la llegada del rey de España. Entonces se rebeló su notable personalidad, que el Dr. Faure comparaba con Reclus por su intelecto y su parecido físico.

Había abandonado la carrera eclesiástica y emprendido numerosos viajes. Era muy opuesto a hablar de su persona

Rincón del saber

TROGLODITAS

«**T**ROGLODITA» es, casi letra por letra, una antigua palabra griega derivada de «troglo»: agujero, caverna, y califica al que frecuenta las cavernas o vive en ellas; pero la palabra se aplicó específicamente a un pueblo más o menos fabuloso del que hablan nuestros autores antiguos, como Estrabón. Habitaba en África Oriental, al S.E. de Egipto, en las costas del Golfo Árabe, en cavernas socavadas en los barrancos y en el más primitivo de los salvajismos, sin lenguaje articulado, comiendo carne cruda y — detalle impresionante — quedan noticias de que bebía leche mezclada con sangre.

Pero, sin embargo, el «trogloditismo» no es de un pueblo solo, sino un hecho universal, que apareció en muchos lugares y que, no se asombre el lector, sigue en algunas partes como si tal, y, lo que es más, suele estar adaptado a ciertos refinamientos de una época civilizada.

El hombre primitivo disputó sin duda por cuestiones de alojamiento con el uso de las cavernas, y en ellas nos dejó, en lugar de lo que se dijo de los trogloditas, pruebas fehacientes de que el espíritu artístico tiene antiquísimas raíces en la humanidad, porque son magníficos — y sorprendentemente «modernos» — los dibujos que decoran algunas de esas viviendas subterráneas; pero vayamos a ejemplos más modernos de gentes que vivió — y algunos siguen viviendo

y a pesar de los muchos años que pasé a su lado, no pude recoger ningún dato sobre su vida. Conocía muchas lenguas vivas y muertas y se preocupaba mucho de sánscrito. No había conocimiento que no profundizara, en toda las ramas del saber humano. Vivía solo y se alimentaba de pan, té y mantequilla. Llevábamos la más estrecha amistad, a pesar de la diferencia de edades; yo tendría entonces poco más de 25 años y él pasaba de los 50 años. Pocos le igualaban en el conocimiento de los libros y sobre el particular aprendí mucho a su lado. Poseía ediciones raras de las obras más famosas, algunas con dibujos en acero y no cesaba de buscar libros de la mañana a la noche.

Una tarde compró una bella edición de las obras de Montaigne, por el precio de dos chelines, pero cuando preparamos la cena de pan, te y mantequilla, resulta que el dinero que teníamos lo había gastado en la compra del libro. Mi buen amigo Harvey, compañero de muchos años de mi vida, ya habrá muerto por los años transcurridos, pero vive siempre en mi memoria.

(Terminará en el próximo número.)

Doctor Pedro VALLINA

— en cavernas o, para ser más precisos, en habitaciones socavadas.

Muchos ejemplos de muy distantes regiones del mundo pueden citarse. En las islas Lipari, al norte de Sicilia, pueden verse más de treinta grutas cavadas en la roca volcánica, antiguas viviendas, no de seres prehistóricos, sino de los penados que extraían el azufre de las «solfataras» de esos lugares. También en la isla de Malta todo un pueblo vivió en verdaderas casas cavadas en la roca y, lo que es más, también las camas y algún otro «mueble»... no eran «muebles» en el sentido etimológico de ser móviles, porque estilaban esculpirlos en la roca.

El procedimiento general usado, no es cavar en el suelo, sino aprovechar los desniveles del terreno, los montículos de pendiente muy pronunciada, los barrancos, etc., etc., para que la habitación no se inunde, y así, del valle de Matmata, en Túnez, se ha dicho que cada uno de los montículos que hay allí fué perforado en su parte superior con un pozo de 6 a 7 metros de profundidad y ancho de unos 10 metros... un verdadero patio descubierto, en cada una de cuyas paredes se abren puertas de galerías que van a diversas habitaciones, todas cavadas en la roca, y sólo una galería sale al exterior, al nivel del suelo, de manera que es fácil cerrar esta única entrada fácilmente practicable.

De ahí podemos pasar a la China... donde hay gente que vive debajo de los campos que cultiva, en los barrancos del Río Amarillo. El suelo está formado por la acumulación de finísimas partículas depositadas por el viento, y allí se cavaron las habitaciones, con salida no sólo al barranco principal, sino también a las numerosas heridas producidas por la erosión, a los profundos cañadones abiertos por las lluvias, que fueron arreglados para que hicieran mejor su oficio de calles secundarias... y aquí tenemos ya trogloditas de la edad presente.

Los conquistadores españoles llamaron «pueblos» a ciertos indígenas americanos por su manera de vivir agrupados en poblaciones de importancia, y hoy se mantienen como reliquias arqueológicas esas antiguas ciudades que, en lugar de extenderse en el plano horizontal del suelo... se extienden verticalmente, como precursoras de la moderna propiedad horizontal.

Vivían sus constructores en plena edad de piedra, pues, como en 1540 escribió a Carlos V el virrey Antonio de Mendoza, no había noticia de que tuvieran ningún metal y eran trogloditas, puesto que habitaban viviendas perforadas en la roca, en las más empinadas rocas, con las casas superpuestas en pisos sucesivos, bordeadas por terrazas que daban al exterior. De un piso a otro pasaban por escaleras; pero el acceso a los pisos inferiores no era fácil.

Al respecto se conserva la descripción que hizo Castañuela de lo que era en tiempos de la Conquista una construcción de estas: «Está Acuco — dice — en la cima de una roca a la que llegarían con dificultad las balas de nuestros arcabuces. Para llegar a lo alto hay trescientos escalones cortados en la peña, doscientos de bastante anchura y ciento mucho más angostos. Concluida la escalera hay que ganar tres toesas de altura poniendo en un agujero la punta del pie y en otro los dedos de la mano».

Sabían hacer construcciones, conocían un buen adobe, y es corriente que la parte del frente de las habitaciones sea construida; pero todo el resto socavado en la roca. Así sobreponían un piso encima de otro y, «por sólida que sea la roca — dice Ruth Benedict en «El Hombre y la Cultura» — en que el pueblo está construido, nunca falta una cosa: la cámara ceremonial subterránea, la kiva, está cortada a pico, tiene una altura de dos metros y es bastante espaciosa como para servir de recinto de reunión. Tiene una escalera a través de una escotilla».

En lo alto, solían hacer una construcción semicircular de tres pisos y agrega la citada autora que «algunas de estas grandes ciudades del valle (del río San Juan, afluente del Colorado) no sólo tienen cámaras ceremoniales, sino también un gran templo adicional, similarmente hundido en la tierra y de la más acabada y perfecta albañilería».

Vemos aquí una etapa realmente civilizada del troglodismo; pero no es esto un caso único. La misma extraña paradoja de viviendas que al mismo tiempo son aéreas y subterráneas la encontramos, con pobladores que siguen viviendo allí en nuestros días, en otras partes, como en Sangha, en el Sudán francés donde también aparece construido el frente de viviendas perforadas en la roca de abruptas pendientes.

Pero quizá el caso más pintoresco de trogloditas modernos lo encontramos... ¡entre gitanos! En España, junto a la Sierra Nevada, hay una pequeña ciudad de cerca de tres mil habitantes, con casas que son cuevas; pero que vemos descritas como verdaderas maravillas, con las paredes encaladas de blanco que todos los años se renueva para la celebración de las pascuas. Cada vivienda tiene varias habitaciones y a menudo el humo del hogar sale al exterior después de haber atravesado una chimenea de diez metros que atraviesa la roca.

Terminando con el tema citemos como ejemplo de ciudad troglodita, de ciudad compuesta, no de casas, sino de cuevas, la de Ugrub que se destaca como la más importante, no sólo desde el punto de vista de lo que es hoy, sino por lo que fué y las maravillas que allí se conservan.

Ugrub está en Turquía, en la antigua Capadocia, a unos trece kilómetros de Kaiseria, y su historia comienza mucho antes que la del hombre: empieza a fines de la época terciaria, hace algo más de una docena de millones de años, cuando allí el terreno era completamente liso; pero comenzó a trabajar la erosión y lentamente las lluvias fueron arras-

trando materiales y cavando cauces que, ensanchándose continuamente, llevaron a ocupar la mayor extensión del terreno, quedando acá y allá los restos de la antigua formación geológica formando picachos de distintas formas: unas veces son conos, otras parecen torres, otras tienen forma que recuerda a un hongo, por conservar encima la roca más dura que los está descendiendo de la erosión.

Estos picachos naturales de imponente tamaño sirvieron para que desde los tiempos prehistóricos se hicieran cómodas cuevas... que llegaron a ser soberbias obras de arte. Durante la época de esplendor del cristianismo bizantino, ese pareció un refugio ideal para la vida monacal y dentro de la blanca roca se abrieron catedrales y monasterios... ¡milenarios después de la edad del mamut y del reno, seguía el hombre decorando cavernas!... pero esta vez repitiendo los aspectos de la construcción, dejando bóvedas, arcos y pilares, y decorando la obra arquitectónica con magníficas pinturas al fresco.

Hay en Ugrub tantos hipogeos que no todos han sido visitados en la hora actual. Hay tumbas, viviendas comunes, iglesias, monasterios, todo ahuecado en la blanca roca calcárea.

Recordemos al pasar las catacumbas, las viejas galerías mineras que sólo sirven de cementerios sino tienen su importancia en la historia del cristianismo primitivo como lugares de reunión, y muchas recordemos qué relaciones aparecen entre las excavaciones y diversas prácticas religiosas de la antigüedad. Es indudable que algunas ceremonias iniciáticas se realizaban bajo el nivel del suelo, y de ello habla elocuentemente la importancia que en esos misterios tenían algunas divinidades subterráneas como Cora, hija de Démeter, robada por Hades, el rey de las regiones inferiores: en símbolo, ella es la simiente que, enterrada, renace a la vida en primavera como una planta nueva.

El que quería consultar algunos oráculos, debía atravesar pasadizos subterráneos, y se relaciona también con cavernas o el culto de Mithru, de origen persa pero muy practicado en Roma, sobre todo entre las milicias de los ejércitos imperiales. Poco o nada se sabe de estas prácticas, que ocultaba el secreto iniciático; pero allá donde llegaron las legiones imperiales se hallan con mucha frecuencia cavernas naturales o artificiales acondicionadas para el culto de este misterioso personaje, que se representa cubierto con un gorro frigio y clavando una espada a un toro.

Podrían citarse mil ejemplos de trogloditas de diversos géneros, y hablar de la maravillosa ciudad que está en el hueco dejado por las exploraciones de las minas de sal gema en Wieliczka; hablar de Roquefort y las grutas húmedas y frías donde madura el famoso queso; del peñón de Gibraltar, completamente perforado por obras de fortificación... de las grandes estaciones de trenes subterráneos... y de los refugios antiaéreos.

SERGIO



EL INFORME KRUTCHEV

LA VANIDAD DE STALIN



PROSIGUIENDO su informe vuelve, Krutchev, a insistir sobre las «monstruosas proporciones» adquiridas por el culto de la personalidad con Stalin. Concretamente se hallan en este parte lo más fundamentado y concreto del acta fiscal. El capítulo de cargos congregados en este lote es abrumador. Pero no sólo para el acusado, sino que viene a revalidar el punto de vista de la responsabilidad colectiva.

«Uno de los ejemplos más característicos de esta autoglorificación, dice Krutchev, y de la falta absoluta de modestia de Stalin, es la publicación, en 1948, de su «Biografía abreviada». Stalin es alabado y glorificado al igual que un dios y considerado como un sagaz infalible, «el más grande de los jefes, el más gran estratega de todos los tiempos». Hasta las palabras faltaban «para ponderar más sus alabanzas». Y lo más curioso es que no contento con el volumen de sus descomedidas adulaciones «él había añadido otras escritas de su propia mano». E incluso: «tomó cuidado de hacer resaltar que en ciertos pasajes del libro, los elogios que le eran prodigados no eran, a su aviso, suficientes.»

Dos de las varias «correcciones», entre otras señaladas, hechas por Stalin eran de este calibre: «En esta lucha contra los capituladores, contra los trotskistas, contra los zinovietistas, los bukarinistas y los kamenevistas, el grupo dirigente del partido debía después de la muerte de Lenin encontrar un motivo de unión definitiva. Este grupo dirigente iba bajo la bandera de Stalin etc.» «En el proyecto del texto de su libro, podía leerse el párrafo siguiente: «Stalin es el Lenin de hoy». Este párrafo pareció muy débil a Stalin y también de su propia mano lo cambió: «Stalin es el precioso continuador de la obra de Lenin, o como se dice en nuestro partido: Stalin es el Lenin de hoy».

En cuanto a los elogios del genio militar eran del tenor siguiente: «La ciencia soviética de la guerra moderna ha hecho nuevos progresos entre las manos del camarada Stalin, etcétera.» Sus teorías en este aspecto eran infalibles como su genio. «El genio del camarada Stalin le permitía adivinar (!) los planes del enemigo y de hacerles fracasar, etc.» «Estos son los hechos, clama Krutchev. Nos valdría más decir los hechos vergonzosos.»

Respecto al libro «Historia del partido comunista (b) de la U.R.S.S.», fué escrito por una comisión del C.C. del partido, según Krutchev y el pie de edición del mismo. Sin embargo, en la susodicha «biografía abreviada», Stalin hacía constar que había sido escrito por él mismo. Lo que omite, o parece ignorar, es que esto ha sido afirmado por los propios turiferarios del régimen. Mao Tsé Tung, decía el 9 de

marzo de 1953, en el periódico «Jeng Ming Ji Pao», que entre las obras imperecederas de Stalin, se hallaba ésta precisamente.

Pasando a analizar la cuestión de los premios Stalin, concluye Krutchev: «Ni los zares mismos habían nunca creado premios con su propio nombre.» «No podemos menos de recordar la resolución del 14 de agosto de 1925 del gobierno soviético concerniente a «la fundación de premios Lenin por el trabajo educativo». Esta resolución fué publicada en la prensa, pero hasta ahora no hay premio Lenin.»

La vanidad de Stalin no se satisfacía con ninguna medida. Hasta el himno nacional de la Unión Soviética, la Internacional, fué reemplazado por otro cuya finalidad era enaltecer y alabar la personalidad de Stalin. Todo lo que afectaba su persona le parecía insuficiente. «Es un hecho, añade, que Stalin mismo firmó el 2 de julio de 1951, una resolución del Consejo de ministros de la U.R.S.S. concerniente a la creación sobre el canal Volga-Don, de un impresionante monumento a Stalin; el 4 de septiembre del mismo año él había publicado un decreto acordando 33 toneladas de cobre para la construcción de este monumento masivo...» «Sumas considerables han sido derrochadas para edificarlo, en tanto que la gente de esta región vivían después de la guerra en chozas». No obstante, «la decisión tomada después de más de 30 años de construir un palacio de soviets, como monumento a la gloria de Vladimir Ilitch, este palacio no fué jamás construido, su construcción fué siempre aplazada y el proyecto abandonado».

La fobia de Stalin condújole hasta a superponerse a Lenin, «todos los sucesos han sido explicados como si Lenin no hubiera jugado sino un papel secundario, incluso durante la revolución de Octubre». «Stalin amaba ver el film «1919, el año inolvidable» en el cual se le apercibía sobre el estribo de un tren blindado y donde él deshacía prácticamente al enemigo con su propio sable. Que Kliment Iefremovitch, nuestro querido amigo, encuentre el coraje necesario y que él escriba la verdad sobre Stalin. Le sería difícil al camarada Vorochilov hacer este trabajo, pero sería bueno que él hiciera».

Si sería bueno que Vorochilov dijera la verdad, pero le faltaría valor. Como reconoce el propio Krutchev, esto no le será fácil. ¿Cómo podría ser de otra forma? Es dudoso que el más servil de los jerarcas moscovitas puede vencer este complejo, de no ser que su nuevo amo se lo exija. Pocas son las figuras que hayan llegado, como Vorochilov, a no poder mencionar, al historiar el periodo de 1917 a 1945, que un solo nombre de los jefes militares: el de Stalin. Y a añadir que a justo título: «nosotros llamamos la ciencia militar: ciencia militar stalinista».

Estas falsificaciones históricas, bien conocidas y no, por cierto, de ahora, irritan al nuevo jefe. «Hablando de los sucesos de la revolución de octubre y la guerra civil se había creado la impresión de que Stalin había jugado siempre un papel principal, como si siempre y en todo lugar Stalin hubiera sugerido a Lenin lo que hacía falta hacer y cómo había que hacerlo. Eso era calumniar a Lenin.» «No creo pecar contra la verdad al decir que 99 % de las personas presentes habían muy poco oído hablar de Stalin y sabían pocas cosas de él antes de 1924...». He ahí, otra verdad que hace años venimos repitiendo antes que Krutchev.

Pero aunque tarde también, en el Kremlin se han dado cuenta. «Todo esto es necesario revisarlo a fondo», exclama rotundamente el expositor. Naturalmente, no sabemos qué es lo que entiende por revisar a fondo. Pero, según parece desprenderse de sus palabras la revisión propiciada no va más allá del aspecto de las figuras en cuestión. El problema no rebasa el simple marco de dilucidar si es Lenin o Stalin la momia que deberá representar el régimen, o si deben ser valoradas sus personalidades de acuerdo al parcial testimonio del informante. Un simple revoque de fachada en definitiva.

En este aspecto el ataque al culto de la personalidad no puede ser más mediocre y falaz. Aunque el informe en su conjunto no sea otra cosa. De todas formas en este extremo rebasa todos los límites. El panegírico que Krutchev hace de Lenin es el más rotundo mentís al que propicia contra Stalin. La demolición de un ídolo no es encarada más que respecto a lo que a éste atañe, no a los efectos nocivos que de la idolatría se derivan, inhábilmente defendida en lo que respecta a la personalidad de Lenin.

Indudablemente el culto a Stalin ha producido muchos errores. Pero si el de Lenin no ha tenido idéntica suerte es, como hemos dicho más arriba, por causas de no haber dispuesto de tiempo necesario a esta metamorfosis.

La creencia en la infalibilidad de una persona, o el culto dimanante de la misma no pueden dar por resultado que la más evidente catástrofe. En todos los órdenes. El genio militar de Stalin no podía producir que las más concluyentes derrotas. El científico, una total desvirtuación de los principios inmanentes a la investigación, y, por tanto, a las conclusiones y bases fundamentales de la ciencia. El teórico a una falsificación de las doctrinas en causa. El práctico a una enajenación del normal desarrollo de todas las actividades.

Una de las causas de elogio y encomio sin medida prodigados a Stalin, ha sido la de los resultados y principios de la industrialización y política agraria de koljoses y sovjoses. En este tema, hasta el mismo Krutchev, puede que por ignorancia, continúa persistiendo en la misma falsedad.

Aunque, menos consecuente, tiene que terminar por reconocer que también en esto el fracaso del encartado, sino superior es equivalente al resto de su actuación. Desde luego, el espécimen engendrado por la nación, según Krutchev, de «aduladores y especialistas en falsos optimismos y engaños», prolifera aun.

Por primera vez, Krutchev, se ve forzado a reconocer que las purgas y detenciones masivas crearon un clima sumamente contraproducente para los intereses del país. «El temor y la falta de iniciativa, en todos los órdenes, fué motivado por la prudencia excesiva, la cautela y la incertidumbre...». Incluso «las resoluciones del partido y de los soviets» eran tomadas de forma rutinaria muchas veces sin tener en

cuenta la situación concreta. Se había llegado al extremo de que los militantes, incluso en las reuniones menos importantes, leían sus discursos. De ello resultaba un peligro de formalismo en el trabajo del partido, de los soviets y la burocratización de todo el aparato.»

Los elogios a los progresos de la agricultura soviética no eran otra cosa que falsedades, inspirados en el terror y la hipócrita adulación.

«Todos aquellos, dice, que han tomado aunque solo sea que un poco de interés en los asuntos nacionales no han faltado de constatar la difícil situación de nuestra agricultura. Stalin, ni lo advirtió siquiera. ¿Hemos nosotros llamado su atención a este respecto? Sí, nosotros lo hemos hecho, pero no pudimos contar con su apoyo. ¿Por qué? Porque Stalin jamás se desplazaba, porque no estuvo nunca en contacto con los trabajadores de las ciudades y de los koljoses. El ignoraba cuál era la situación real de las provincias.»

Su ignorancia y negligencia era total. «Es a través de films que él conocía la campaña y la agricultura». Es decir, que el modelo generable fecundado por el régimen era más amplio que lo insinuado por Krutchev. Y que el dictador era la más perfecta imagen de sus similares. Como Krutchev es el más perfecto de los farsantes. Los errores de Stalin aun y siendo del mayor volumen, no alcanzan el suscitado por el de sus colaboradores cuyo espíritu servil los incitaba a falsificar la verdadera realidad de la situación, como los cortesanos de épocas remotas.

Stalin ignoraba no sólo la situación económica, sino la del propio pueblo. «Esto ha durado decenas, continúa. Su última visita a una aldea remonta a enero de 1928, época en que visitó la Siberia por una cuestión de cereales». La noticia de que la situación de la agricultura, la producción y cría de animales era difícil, debió sorprenderlo.

Una Comisión fué nombrada con la misión de redactar una «resolución» sobre los medios a emplear en vista del fomento de la cría de animales en los koljoses y sovjoses. «Nosotros sugerimos, añade, de aumentar el precio de los animales, a fin de estimular de esta forma la iniciativa de los trabajadores...». Pero, Stalin, no aceptó el proyecto que fué totalmente descartado en febrero de 1953. Como en el caso de las operaciones militares, el informante, habla por la herida de la propia vanidad ofendida.

Indudablemente las arbitrariedades de Stalin deben haber producido la parálisis de las capacidades creadoras y productivas del pueblo. No ignora Krutchev nada de lo complejo de esto, aunque lo silencie. Pero sobre ello ya hablabamos.

De momento atengámonos a las lecciones del informe. La negativa de Stalin a aceptar el proyecto de la Comisión dió lugar de su parte a un contraproyecto. Como medio para combatir la difícil situación de la agricultura, su clarividencia incitó a Stalin proponer «que los impuestos pagados por los trabajadores de koljoses y sovjoses fueran aumentados a cuarenta mil millones de rublos. Es decir, que la solución del genio mirífico no era más que una medida para agravar la ya precaria situación.

«Imaginar lo que esto significa. En 1952, por ejemplo, los koljoses y los trabajadores de los sovjoses, habían recibido veinte y seis mil doscientos ochenta millones de rublos por el conjunto de productos que habían librado al gobierno». Y, Stalin, proponía exigirle casi el doble en calidad de

— EL PIENSAMIENTO VIVO de OMAR KHAYYAM

Todo el mundo sabe que jamás murmuré la menor oración. Todo el mundo sabe también que jamás traté de disimular mis defectos. Ignoro si existen una justicia y una misericordia. Si las hay, estoy tranquilo porque siempre fui sincero.

✽ ✽

Procede en forma tal que tu prójimo no sufra con tu sabiduría. Dominate siempre. Jamás te abandones a la cólera. Si quieres conquistar la paz definitiva, sonríe al Destino que te azota y nunca azotes a nadie.

✽ ✽

¡Cuán misero el corazón que no sabe amar, que no puede embriagarse de amor! Si no amas, ¿cómo podrás comprender la luz ennegadora del sol y la suave claridad lunar?

✽ ✽

Más allá de la Tierra, más allá del Infinito, buscaba yo el Cielo y el Infierno. Pero una voz grave me dijo: «El Cielo y el Infierno están en tí».

✽ ✽

La brisa primaveral refresca el rostro de las rosas. Y en la sombra azulada del jardín, acaricia también el rostro de mi amada. A pesar de la ventura que gozamos, olvido nuestro pasado. ¡Tan irresistible es la dulzura del Presente!

✽ ✽

¿Insistiré aún en colmar de piedras el Océano? Sólo desprecio siento por los libertinos y devotos. Khayyám: ¿quién puede afirmarte que irás al Cielo o al Infierno? Ante todo: ¿qué entendemos por tales palabras? ¿Conoces algún viajero que haya visitado esas misteriosas regiones?

Rápidos huyen nuestros días como el agua de los ríos y los vientos del desierto. Empero, dos días me dejan indiferente: el que pasó y el que vendrá mañana.

✽ ✽

¿Cuándo nací? ¿Cuándo moriré? Nadie puede recordar el día de su nacimiento ni prever el de su muerte. ¡Ven dócil bienamada! Quiero pedir a la embriaguez el olvido de nuestra crasa ignorancia.

✽ ✽

En los monasterios, sinagogas o mezquitas se refugian los débiles temerosos del Infierno. Pero el hombre que conoce la grandeza de la Creación, no cultiva en su corazón las malas semillas del terror y la súplica.

✽ ✽

Los más ilustres sabios y filósofos caminaron por las tinieblas de la ignorancia. Con todo, eran antorchas de su época. Pero ¿qué hicieron? Pronunciar algunas frases y dormirse.

✽ ✽

El creador del mundo y las estrellas se excedió en demasia cuando inventó el dolor. Labios como rubies, gudejas embalsamadas: ¿qué número alcanzastéis en la tierra?

✽ ✽

Escucha lo que la sabiduría te repite el día entero: la vida es breve. Nada tiene de común con las plantas que retoñan luego de podadas.

✽ ✽

¡Pasa la vida cual rápida caravana! Detén tu corcel y trata de ser feliz. Joven doncella: ¿por qué te afliges? ¡Es-

impuestos. La sapiencia del jefe de Estado quedaba manifiestamente puesta en evidencia.

«La política de Stalin no se fundaba — continúa Krutchev — sobre una estimación efectiva de la situación, sino sobre ideas fantásticas de una persona que no tenía ningún contacto con la realidad». Es por ello que de acuerdo con la realidad se intenta hoy solucionar el problema mediante el empleo de medidas eficientes.

A la inversa de Stalin, o al menos así parece creerlo él, Krutchev va con clara visión, y pleno conocimiento de causa, propulsando la nueva orientación que restablecerá la situación. El nuevo proyecto es concluyente en este sentido. El plan quinquenal para la agricultura y cría deberá en lo sucesivo ser cumplimentado «no en el período de cinco años, sino en dos o tres años». El argumento de Krutchev no puede ser más convincente.

En efecto, si en un período quinquenal la capacidad de producción de la tierra y animales de cría puede duplicarse

o triplicarse, ya no hay cuestión. No sólo la situación material del trabajador podrá ser mejorada, sino, lo que es fundamental, el Estado podrá centuplicar sus impuestos. Hay, pese a todo, un imponderable que Krutchev parece haber desdeñado. Resistirá la maquinaria humana, la animal y la tierra el esfuerzo que de ellas se exige?

«Estamos seguros, responde hiperbólico, de que el compromiso del nuevo plan quinquenal será cumplido con éxito». Lo que es posible. De todas formas deberá tenerse en cuenta que precisamente una exigencia de esta índole ha sido el nudo gordiano del régimen y uno de los sueños más acariciados por Stalin. Pero que no ha podido satisfacer ni aproximadamente. Los planes quinquenales en la U.R.S.S. se han distinguido esencialmente por sus fracasos. En términos generales ninguno ha sido cumplido ni en la fecha, ni en las condiciones previstas por los técnicos.

Francisco OLAYA

cancia un poco de vino! Lucen ya los asomos de la noche.

Un poco de pan, un poco de agua fresca, la sombra de un árbol y tus ojos. Ningún sultán más feliz que yo. Ningún mendigo más triste.

En el torbellino de la vida sólo son felices los que presumen de sabios y los que no tratan de instruirse. Me incliné sobre todos los secretos del Cosmos y volví a mi soledad envidiando los ciegos que hallé por el camino.

El alba colmó de rosas la cúpula del cielo. Por el aire cristalino se pierde el canto del último ruiseñor. El perfume del vino es más ligero. ¡Y pensar que en este instante hay insensatos que sueñan con la gloria y con honores! ¡Cuán sedosos tus cabellos, bienamada!

No dejes de recoger todos los frutos de la vida. Corre a todos los festines y elige los más grandes cálices. No creas que Dios lleva cuenta de nuestros vicios y virtudes.

Cuando muera, no habrá más rosas, cipreses, labios bermejos ni vino perfumado. No habrá más albas ni crepúsculos, ni penas ni alegrías. El mundo no existirá más. Su realidad lo es tan sólo en función del pensamiento.

Los sabios no te enseñaron nada, pero las caricias de las sedosas pestañas de una mujer te revelarán la felicidad.

Antaño, cuando frecuentaba las mezquitas, no rezaba oración alguna, mas volvía rico de esperanzas. Hogaño, siempre me siento en ellas donde la sombra es propicia al sueño.

En la tierra abigarrada, marcha alguien que no es infiel ni musulmán, ni rico ni pobre. No reverencia a Dios ni a las leyes. No cree en la verdad ni afirma nunca nada. En la tierra abigarrada, ¿quién es este hombre triste y valeroso?

Cuando la brisa matinal entreabre las rosas y les murmura que ya las violetas desplegaron sus vestes, sólo es digno de vivir aquél que contempla dormitar a una esbelta doncella, coge su cáliz, lo apura y después lo arroja.

Pesa el rocío cada mañana sobre tulipanes, jacintos y violetas, pero el sol los libera de su brillante carga. Pesa más cada mañana, mi corazón en el pecho, pero tu mirada lo libra de su tristeza.

Resuelve no contemplar más el cielo. Rodéate de gráciles doncellas y acarícialas. ¿Dudas? ¿Conservas aún la tentación de implorar a Dios? Antes de ti, otros seres le elevaron fervientes oraciones, partieron ya y tú ignoras si Dios les escuchó.

Este mundo es un rosal. Nuestros visitantes son las mariposas; nuestros músicos, los ruiseñores. Cuando no hay rosas ni frondas, las estrellas son mis rosas y tus guedejas, mi selva.

Cuando te tambalees bajo el peso del dolor, y cuando agotes el manantial del llanto, piensa en las silvestres yerbas que la lluvia como a espejo bruñe. Cuando te exaspere el resplandor del día, y cuando anheles que una noche eterna se abata sobre el mundo, piensa en el despertar de un niño.

Cierra tu Corán. Piensa libremente y encara libremente el cielo y la tierra. Al pobre que pasa, entrégale la mitad de lo que tienes. Perdona a todos los culpables. Escóndete para sonreír y no entristezcas a nadie.

¡Infeliz: nunca sabrás nada! Jamás resolverás ni uno solo de los misterios que nos rodean. Desde que las religiones te prometen el Paraíso, intenta crearte uno en la tierra, porque el otro quizás no exista.

Selección de Vladimir Muñoz.

Para los lectores de «CENIT»

Nos complacemos en informar a los fieles amigos y lectores de nuestra publicación, que, a partir del mes de enero de 1958, los destinos de nuestra Revista estarán regidos por un cuerpo de Redacción, compuesto por la compañera Federica Montseny y los compañeros J. Borraz y Miguel Celma.

Aporte de actividades y de inquietudes, que contribuirá a la mejora y renovación de sus páginas, con la contribución de un buen trabajo de equipo y con el intercambio de ideas e iniciativas.

Manuales e intelectuales

La unión de los trabajadores hará la paz del mundo

(Continuación)

El deber de los intelectuales—y sobre todo me refiero al escritor y al filósofo—es diferente. Obedecen a su conciencia. Sé bien que hay conciencias elásticas, ¡pero no me refiero a esas aquí ahora! Hablo de las conciencias libres. La conciencia del escritor y del filósofo les insinúa el romper toda amarra con una sociedad basada en el crimen y que sólo por el crimen se mantiene. El escritor debe renunciar a aislarse en su torre de marfil. Debe mezclarse con el pueblo, tomar en su mano la causa de los oprimidos y expresar su opinión sobre los graves problemas que dividen a los hombres. Nunca será ni puede ser neutro. Su neutralidad es lo que Alfredo de Vigny llamaba una **neutralidad armada**. Repudiando todos los deberes ordenados por la sociedad, su deber será responder ¡presente! cada vez que la iniquidad levantara su cabeza. Al margen de todos los partidos, tomará su decisión. Luchará en pro de los débiles contra los fuertes, de los perseguidos contra los persecutores, en favor de cuantos sufren el régimen social autoritario. Será partidario de un pacifismo bien diferente al «pacifismo» culpable de banquete que tantos daños causa, denunciará el sofisma del crimen legal: la guerra. Descubrirá a la mentira, a pesar de sus múltiples disfraces. Entonces solamente será un hombre que, fuerte con su experiencia, tendrá el derecho de reconcentrarse. Habiendo tomado parte en la contienda social estará por encima de dicha contienda. Un escritor que así no comprendería su deber sería un payaso. Sería un escritor burgués, es decir, la más detestable especie de intelectuales que conocemos.

Insistamos un poco aquí. Hay manuales y manuales, como hay intelectuales e intelectuales. Evidentemente, se podrá reprochar a ciertos representantes de estas dos categorías de trabajadores más de un error: el manual tendrá envidia del cuello postizo de un pobre diablo que, por su lado, se creará ser descendiente de la pierna de Júpiter. El obrero se mostrará, en ciertas circunstancias, grosero y brutal, afectará el empujar o el ensuciar al empleado que considera un burgués, porque viste de otra manera, o le lanzará algún epíteto injurioso y de mal gusto. El intelectual se envanecerá por su «porte distinguido» o supuestamente tal, y hará muestrario de su ciencia mal digerida para asombrar («épater») a los pobres seres que ni leer ni escribir saben. Por estas tonerías, y por otras que me callo, estos hermanos enemigos se asemejan mucho. Algunos explotados tienen alma de explotadores, y valen tanto como los capitalistas. A la primera ocasión, ellos mismos se transformarán en tiranos (7).

Existe en cada cuerpo de oficio, manual o intelectual, eso que llaman los psiquiatras la **deformación profesional**.

Esta deformación alcanza a la vez al ser moral y al físico. Hace de los individuos, seres insociables, que envenenan su existencia, y la de los otros. Uno es víctima de su mal humor, de sus manías o de sus prejuicios. Todo, en la persona de esos inconscientes, muy conscientes desde que de perjudicar al prójimo se trata, denota una muy baja mentalidad. Se les reconoce fácilmente en un grupo y se les ve venir de lejos. A cien pasos se descubre al mercader, al proxeneta o al gendarme. Las administraciones de ellos se desbordan y las fábricas, también están repletas. Fácil es para el psicólogo, mirando a un individuo, es decir cuál es su profesión y los móviles que lo animan.

Todo esto simplemente para haceros notar que cada categoría de trabajadores tiene sus defectos, y que por consiguiente manuales e intelectuales deben tolerarse, y sobre todo comprenderse. Lo que no se puede tolerar, sin embargo, es ver a ciertos individuos ejercer ciertos oficios. Hay oficios que un hombre inteligente no puede hacer: son los oficios que perjudican al prójimo, que son numerosos, en nuestra sociedad. El oficio de delator («mouchard») por ejemplo, que no es manual ni intelectual, que es todo lo que se quiera que sea, pero que en verdad no debería existir.

Hay buenas gentes en todos los medios, pero también en todos los medios hay bien tristes individuos. Acerquémonos a todos cuantos la deformación profesional no ha pervertido. Busquemos a los nuestros y apoyémosles. Para mí, me siento más cerca del obrero que combate a la guerra y se niega a hacerla, que del supuesto intelectual, vestido como yo, que envía a los manuales a guerrear en su lugar. No son la función ni el hábito las que hacen la superioridad del individuo: es el corazón, es la generosidad de la conciencia. Se puede ocupar, en la escala social, el último peldaño, y ser infinitamente superior a los «superiores» que se obedece.

Porque hay quien viste más o menos limpiamente, se es un «burgués» para muchos obreristas. Este guardapolvo, que es a menudo el único vestido que posee el intelectual, de la esclavitud. El empleado de tienda, el burócrata y otros funcionarios, se ven obligados a llevar cierta vestimenta. «¡Es el oficio quien eso requiere!», y creedme que el oficio que consiste a ennegrecer papel toda la santa jornada, es una pieza sin aire y sin luz, es menos interesante que el del albañil que trabaja en pleno aire o el del campesino que cultiva su campo, sin más amo que él mismo.

Sé bien que vais a responderme: cada oficio tiene sus riesgos. El obrero que está poniendo tejas a una casa puede caerse del techo y el labrador ver el esfuerzo de todo un año destruido en algunas horas. Los oficios manuales son más fatigantes y más peligrosos que los otros. Hay, en efecto, oficios manuales que matan. Y el empleado que

MICROCULTURA

49. — Ahora se emplean los cohetes para medir la intensidad de los rayos cósmicos a gran altura, cerca de los polos geomagnéticos.

50. — Por su parecido lacustre a la famosa ciudad del Adriático, se llama a Estocolmo (capital de Suecia), «la Venecia del Norte».

51. — El radar se emplea también para descubrir fallas de transmisión en las líneas de compañías productoras de energía.

52. — Las iniciales RKO de una conocida empresa de cine, significan: «Radio Keith Orpheum».

53. — Según la Biblia, el monte Ararat (que se encuentra en la Turquía oriental cerca de la frontera con Irán), es donde se detuvo el Arca de Noé, durante el Diluvio universal.

54. — El alumbrado de gas se debió al químico alemán Max von Pettenkoffer (1818-1901) quien inició los experimentos con gas producido por la combustión de la madera.

55. — El monte Ararat está situado en la Turquía asiática oriental, cerca de la frontera con Irán. En él se detuvo el Arca de Noé, cuando el Diluvio Universal, al decir de la Biblia.

56. — El territorio metropolitano de Portugal tiene 89.372 kilómetros cuadrados, pero al incluir sus colonias (1957) llega a 2.421.528.

57. — El inventor del telégrafo eléctrico «Morse», se llamó Finley Breese Morse.

58. — Cuando están secos los caimanes son de color marrón oscuro, pero al mojarse la piel, toman el color verde oscuro.

59. — El término médico para referirse a los callos se llama «tiloma».

60. — Si estaría errado Disraeli, estadista inglés a quien André Maurois dedicó una difundida biografía, que aseve-

raba: «la justicia (se refería a la del Estado) es la verdad en acción».

61. — Una hemeroteca es una biblioteca donde se guardan y sirven al público diarios y otras publicaciones periódicas.

62. — El sabio norteamericano Benjamin Franklin escribía con el seudónimo de Richard Aunders. He aquí un pensamiento de Franklin: «En cualquier lugar de la Tierra donde reine la Libertad, allí está mi patria».

63. — Según Humbolt, Sudamérica tenía en el siglo XVII, unos 17 millones de habitantes. Ahora (1957) tiene alrededor de 200 millones.

64. — Desdémona, era la esposa de Otelo, protagonista de la obra de este último nombre, de Shakespeare.

65. — El día 1 de julio se celebró en Suiza el 80 aniversario de la muerte de Bakunin, organizado por el grupo «Réveil Anarchiste».

66. — Acecinar: salar las carnes y ahumarlas o ponerlas al aire libre para que se conserven. Asesinar: quitar la vida alevosamente a una persona.

67. — La «hipocondriasis» es la preocupación morbosa de una persona que supone es víctima de una enfermedad sin tenerla, o que imagina que sus funciones orgánicas son defectuosas.

68. — Alejandro Waleski fue el «hijo natural de Napoleón I y su amante María Waleska».

69. — El libro «Ideario» (primer tomo de las obras completas de Ricardo Mella), se editó por vez primera en Gijón (Imprenta «La Victoria», Libertad 53), el año 1926.

70. — Al gran poeta Horacio le llamaban el Venusiano, por haber nacido en Venusia.

71. — Hace 2251 años publicaba Euclides en Grecia, el primer tratado de Geometría.

araña papel, en una administración, está más tranquilo que el obrero expuesto a las intemperies y a los accidentes. Lejos estoy en negarlo, y deseo que los oficios manuales peligrosos, destinados a dar a los ricos sus comodidades y todo el confort posible, desaparezcan y den lugar a oficios inteligentes, ejecutados en condiciones de higiene menos defectuosas.

—O—

Se podría llevar aun más lejos la analogía que existe entre los oficios del cuerpo y del espíritu, lo que nos traería nuevas razones para terminar con la oposición de proletarios manuales y proletarios intelectuales. Los manuales ejercen una feliz influencia sobre los intelectuales. Les enseñan a servirse de sus manos en los trabajos puramente materiales, a poner, como se dice vulgarmente, las manos en la argamasa («les mains dans la pâte»). Un intelectual no debe sentirse molesto para hacer mil pequeñas tareas necesarias en la existencia cotidiana: coser un botón, cocer un huevo o zurcir los calcetines; si es necesario puede

manejar un cepillo, una sierra y un martillo. Debe sentirse apto para rastrear un jardín o cavar una zanja. Debe hacer un poco todos los oficios, y saber pasarse, en ciertas circunstancias, del concurso del prójimo. En cuanto a los manuales, pueden aprender de los intelectuales a pensar, a hacer prueba de independencia y a expulsar el egoísmo de su corazón.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(7) Los peores tiranos descienden de las clases humildes. Sean los tiranos económicos (patrones) o los políticos. Y por el contrario, los hombres más fraternistas descendieron siempre, o casi siempre, de las clases pudientes. Entre nosotros, Kropotkin y Nettlau son aleccionador ejemplo. (N.d.T.)

Adaptó al castellano Vladimir Muñoz.

(Continuará.)

72. — El chacal, fiera que tiene algo de lobo y zorro, origina del Asia y de Africa.
73. — El tercer país de América en superficie es el Brasil (8.516.057 kms. cuadrados).
74. — El calcio lo descubrió el químico inglés Humphrey Davy, en 1808.
75. — La universidad más antigua de Europa es la de Salerno, Italia. Se fundó en el siglo IX.
76. — Misoginia: la aversión patológica a las mujeres.
77. — La biblioteca más grande del Lejano Oriente es la «Biblioteca Nacional de la Dieta», en Tokio, con más de tres millones de volúmenes.
78. — Gran Bretaña y Alemania occidental son (1957) los principales importadores mundiales de grasas y aceites.
79. — La «siesta de un fauno» es una hermosa obra del célebre músico francés Claudio Debussy.
79. — No es correcto decir que la lana es más caliente que el algodón. Lo que ocurre que la ropa de lana abriga porque es mala conductora del calor.
80. — La artritis reumatoide en los niños por lo general, aparece antes de la erupción de los dientes permanentes o segunda dentición.
81. — Herodias, cruel esposa de los dos Herodes, murió en España el año 40 de nuestra era.
82. — La palabra «capataz» viene del latín «caput» (cabeza). El que dirige mandando a cierto número de operarios o peones.
83. — Las muertes oficiales ocasionadas por accidentes de tránsito en los Estados Unidos (1954) fueron 36.000.
84. — Se diferencia el dromedario en que aquél tiene una sola giba en el lomo y el camello dos.
85. — Alrededor del 97 por 100 de las personas que sobrepasan a la edad mediana padecen de enfermedades reumáticas.
86. — En 1840, el inglés J. C. Adams y en 1841 el francés Leverrier, calcularon la posición teórica del planeta Neptuno.
87. — «Quinet» se titula una hermosa obra del veterano publicista anarquista Felipe Aldiz, editada por «Editorial Hoy» (Viladomat 108, Barcelona, 1924). Portada de Shum y decoración de Ramón Segarra.
88. — La radioactividad de la fisión atómica proviene de unas 90 sustancias irradiantes con vidas radioactivas que varían entre una fracción de segundo y varios años.
89. — La «heteroplastia» es, en medicina, la operación que sustituye una parte enferma de un individuo por otra sana de distinta persona.
90. — Rusia es el segundo productor mundial de acero.
91. — Fernán Caballero es el seudónimo que usó la escritora española Cecilia Bohl de Faber.
92. — Durante el año 1954, Francia — famosa por su gran producción vitivinícola — produjo más leche que cualquier otro país europeo.
93. — El país sudamericano que exporta más a los Estados Unidos es el Brasil.
94. — En Estados Unidos hay unos 63.000 budistas, de los cuales la mayoría son chinos y japoneses.
95. — Sólo se explota el 30 por 100 de las selvas que existen en el mundo.
96. — Se llaman matrices de contracaja, en linotipia, las que no se tectlean y, por lo tanto, no se hallan en los depósitos.
97. — El filósofo griego Aristóteles, en el año 350 (A.C.), descubrió la transmisión del sonido.
98. — El níquel se descubrió en 1751, año en que los químicos Consted y Bergman lo aislaron.
99. — Se llama «mita» al tributo que pagaban los indios al Estado inca.
100. — Nihilismo: negación de toda creencia, política, religiosa y social.
101. — Según G. P. Kuiper, del Observatorio Hale (Mount Palomar), Plutón es un satélite y no un planeta. De confirmarse la investigación, nuestro sistema solar sólo tendría ocho planetas.
102. — En «Regreso de la U.R.S.S.» escribía André Gide que «nunca en Rusia las cabezas estuvieron tan bajas».
103. — En 1781, Guillermo Herschell descubrió al planeta Urano.
104. — «Extranjeros en España», se titula un hermoso libro de Rudolf Rocker sobre la Revolución española (Editorial Imán, Buenos Aires-México, 1938).
105. — En 1956, el secretario de la S.A.C. (filial sueca de la A.I.T.) se dirigió a las demás filiales asegurando que en «Suecia no se precisa la revolución social». (P).
106. — Los Estados Unidos gastan por año para reprimir la «delincuencia común», 23.750.000.000 de dólares.
107. — El personaje que iba dentro del caballo de Troya era Pirro, hijo de Aquiles y de Ifigenia.
108. — De acuerdo a las últimas medidas hechas con el galvanómetro, la corriente eléctrica generada por el cerebro humano, tiene una intensidad de un décimo de voltio.
109. — El Brasil produce el uno por ciento del petróleo que consume. Se supone que potencialmente tiene grandes reservas.
110. — El uso de las máscaras, por supersticiones o simples fiestas, se remonta a los hombres primitivos.
111. — La aversión o repugnancia enfermiza que algunas personas tienen por los niños, se llama «misopedia».
112. — En cada cien gramos de maní tostado hay 559 calorías.
113. — La causa de la Guerra de los Treinta Años (conflicto del siglo XVII en Europa), fué debida a cuestiones religiosas.
114. — Los egipcios adoraban a la mangosta (animal africano), porque se comía los huevos de cocodrilo.
115. — «Miguel Bakunín, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873)» es una hermosa obra de Max Nettlau. (Prefacio de Enrique Nido, 132 páginas, Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1925).
116. — El motor a explosión se usa desde 1860, fecha en que lo inventó el técnico francés Etienne Lenoir.
117. — Se viene comprobando en medicina que las bacterias ofrecen gran resistencia a los antibióticos.
118. — Uno de los libros instructivos y sencillos sobre el Oriente es el que escribieron hace dos décadas los jóvenes egipcios A. Adés y A. Josipovici con el título de «El Libro de Goha el Simple». En el prólogo, escribe Octavio Mirbeau: «...por el público es que he deseado el éxito de este libro; por el pobre público aplastado por la superstición literaria de estos tiempos; y al que nuestros notables escritores, embrutece conscientemente».

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant: Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

ANTIE ELLOS

La religión de Cristo, la religión de ilotas
Que llevan en sus almas la sed de las derrotas;
La humanidad sin fuerzas, los hombres sin ideas,
Los miseros vencidos en todas las peleas;
Las rémoras del mundo que van hacia el Calvario
Siguiendo el derrotero del loco visionario;
Son las conciencias muertas que van hacia el Martirio
Perdidas en las noches eternas del Delirio,
Donde palpita apenas una visión difusa.
Como promesa vana de alguna mente ilusa;
La religión de parias, la religión de ilotas
;Que llevan en sus almas la sed de las derrotas!
Para ellos que no saben de todas las pasiones
Para ellos cuyas mentes no guardan ilusiones,
Para ellos que en la cuna su dios les dió dolores
Y el anatema a todos los mundanos amores,
Para ellos que en el mundo no ven una esperanza,
Que tienen un dios cruento de muerte y de venganza,
Para ellos que del mundo son eternos proscritos
Y arróganse la infamia de todos los delitos,
Llevamos los Satanes que vivimos del mundo
Las viles compasiones que surgen de lo inmundo;
La compasión eterna de todas las vilezas
Que inspiran los esclavos que humillan las cabezas,
Para ellos que son todo dolor y mansedumbre,
Llevamos la soberbia majestad de la cumbre,
Y el desprecio infinito que inspiran los ilotas
;Que llevan en sus almas la sed de las derrotas!

OROSMAN MORATORIO.

DIOS

Supremo y oscuro mito
Hijo del miedo del hombre
Que piensa hallar tu nombre
En todas partes escrito.
Si eres el ser infinito;
Si es infinita tu esencia;
Si probando tu existencia
Todas las formas revistes.
¿Por qué si es verdad que existes
No existes en mi conciencia?

ANONIMO.

(Trans. V. M.)

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandí Andía» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yorza»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantacaro» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».

Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBANEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Sigismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierruca»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

Ediciones «CENIT».

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo en la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Hen RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OITICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

En francés. COLECCION «POURPRE», 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monneyeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBANEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalipsis».

Anatole FRANCE. — «Histoire cémique»; «L'Ile des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournebroke».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'Infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Froudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

COLECCION «RECONSTRUIR».

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte. Poesía. Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid